

# EL TROVADOR.

DRAMA CABALLERESCO EN CINCO JORNADAS, EN PROSA Y VERSO.

Representado por primera vez, en el Teatro del Príncipe, el día 1.º de Marzo de 1836.

*Refundido por un autor se hizo en el teatro Lope de Vega el 6 marzo 1851  
por Teodoro Lamadrid y José Valero*

## PERSONAS.

DON NUÑO DE ARTAL, Conde de Luna.

DON MANRIQUE.

DON GUILLEN DE SESE.

DON LOPE DE URREA.

DOÑA LEONOR DE SESE.

DOÑA JIMENA.

AZUCENA.

GUZMAN.

JIMENO.

FERRANDO.

*Criados del Conde de Luna.*

RUIZ, criado de don Manrique.

UN SOLDADO.

SOLDADOS.

SACERDOTES.

RELIGIOSAS.

*Aragon, Siglo xv.*

## JORNADA PRIMERA.

### EL DUELO.

Zaragoza : sala corta en el palacio de la Aljafaría.

#### ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, JIMENO, FERRANDO, sentados.

JIMENO.

Nadie mejor que yo puede saber esa historia, como que hace muy cerca de cuarenta años que estoy al servicio de los Condes de Luna.

FERRANDO.

Siempre me lo han contado de diverso modo.

GUZMAN.

Y como se abultan tanto las cosas...

JIMENO.

Yo os lo contaré tal como ello pasó por los años de 1390. El Conde don Lope de Artal vivía regularmente en Zaragoza, como que siempre estaba al lado de su Alteza. Tenía dos niños: el uno, que es don Nuño, nuestro muy querido amo, y contaba entonces seis meses poco más ó ménos; y el mayor, que tendría dos años, llamado don Juan. Una noche entró en la casa del Conde una de esas vagamundas, una gitana con ribetes de bruja, y sin decir palabra se deslizó hácia la cámara donde dormía el mayorcito. Era ya bastante vieja...

FERRANDO.

¿Vieja y gitana? Bruja sin duda.

JIMENO.

Se sentó á su lado, y le estuvo mirando largo rato, sin apartar de él los ojos un instante; pero los criados la vieron, y la arrojaron á palos. Desde aquel día empezó á enflaquecer el niño, á llorar continuamente; y por último, á los pocos días cayó

gravemente enfermo: la pícara de la bruja le había hechizado.

GUZMAN.

¡Diantre!

JIMENO.

Y aun su aya aseguró que en el silencio de la noche había oído varias veces que andaba álguien en su habitación, y que una legion de brujas jugaban con el niño á la pelota, sacudiéndole furiosas contra la pared.

FERRANDO.

¡Qué horror! Yo me hubiera muerto de miedo.

JIMENO.

Todo esto alarmó al Conde, y tomó sus medidas para pillar á la gitana: cayó efectivamente en el garlito, y al otro día fué quemada públicamente para escarmiento de viejas.

GUZMAN.

¿Cuánto me alegro! ¿Y el chico?

JIMENO.

Empezó á engordar inmediatamente.

FERRANDO.

Eso era natural.

JIMENO.

Y, á guiarse por mis consejos, hubiera sido también tostada la hija, la hija de la hechicera.

FERRANDO.

¿Pues por supuesto! Dime con quién andas...

JIMENO.

No quisieron entenderme, y bien pronto tuvieron lugar de arrepentirse.

GUZMAN.

¿Cómo!

JIMENO.

Desapareció el niño, que estaba ya tan rollizo que daba gusto verle; se le buscó por todas partes: y ¿sabeis lo que se encontró? Una hoguera

recien apagada en el sitio donde murió la hechicera, y el esqueleto achicharrado del niño.

FERRANDO.

¡Cáspita! Y ¿no la atenacearon?

JIMENO.

Buenas ganas teníamos todos de verla arder, por via de ensayo para el infierno; pero no pudimos atraparla: y sin embargo, si la viese ahora...

GUZMAN.

¿La conoceriais?

JIMENO.

A pesar de los años que han pasado, sin duda.

FERRANDO.

Pero tambien apostaria yo cien florines á que el alma de su madre está ardiendo ahora en las parpillas de Satanas.

GUZMAN.

Se entiende.

JIMENO.

Pues... mis dudas tengo yo en cuanto á eso.

GUZMAN.

¿Qué decis?

JIMENO.

Desde el suceso que acabo de contaros, no ha dejado de haber lances diabólicos... yo diria que el alma de la gitana tiene demasiado que hacer, para irse tan pronto al infierno.

FERRANDO.

¡Jum!... ¡jum!...

JIMENO.

¿He dicho algo?

FERRANDO.

Preguntádmelo á mí.

GUZMAN.

¿La habeis visto?

FERRANDO.

Más de una vez.

GUZMAN.

¿A la gitana?...

FERRANDO.

No, ¡qué disparate! no... al alma de la gitana: unas veces bajo la figura de un cuervo negro; de noche regularmente en buho. Últimamente, noches pasadas se trasformó en lechuzna...

GUZMAN.

¡Cáspita!

JIMENO.

Adelante.

FERRANDO.

Y se entró en mi cuarto á sorberse el aceite de mi lámpara: yo empecé á rezar un *Padre nuestro* en voz baja... ni por ésas: apagó la luz y me empezó á mirar ¡con unos ojos tan relucientes! se me erizó el cabello: ¡tenia un no sé qué de diabólico y de infernal aquel espantoso animalejo! Últimamente, empezó á revolotear por la alcoba... yo sentí en mi boca el frio beso de un labio inmundado, dí un grito de terror, exclamando: ¡Je-

sus! y la bruja, espantada, lanzó un prolongado chillido, precipitándose furiosa por la ventana.

GUZMAN.

¡Me contais cosas estupendas! Y en pago del buen rato que me habeis hecho pasar, voy á contaros otras no ménos raras y curiosas; pero que tienen la ventaja de ser más recientes.

FERRANDO.

¿Cómo!

GUZMAN.

Se entiende que nada de esto debe traslucirse, porque es una cosa que sólo á mí, á mí particularmente se me ha confiado.

JIMENO.

Pero ¿de quién?...

GUZMAN.

De otro modo me malaría el Conde.

FERRANDO Y JIMENO.

¡El Conde!

GUZMAN.

Pero todo ello no es nada, nada, travesuras de la juventud. ¿No sabeis que está perdidamente enamorado de doña Leonor de Sesé?

JIMENO.

La hermana de don Guillen, de ese hidalgo orgulloso...

FERRANDO.

La más hermosa dama del servicio de la reina.

GUZMAN.

Seguro.

FERRANDO.

Y que está tan enamorada de aquel trovador, que en tiempos de antaño venia á quitarnos el sueño por la noche con su cántico sempiterno.

GUZMAN.

Y que viene todavía.

JIMENO.

¿Cómo! Pues ¿no dicen que está con el Conde de Urgel, que en mala hora naciera, ayudándole á conquistar la corona de Aragon?

GUZMAN.

Pues á pesar de eso...

FERRANDO.

¡Atreverse á galantear á una de las primeras damas de su Alteza! ¡Un hombre sin solar! digo, que sepamos.

JIMENO.

No negareis, sin embargo, que es un caballero valiente y galan.

GUZMAN.

Sí, eso sí... pero en cuanto á lo demas... Y luego, ¿quién es él? ¿dónde está el escudo de sus armas? Lo que me decia anoche el Conde: «Tal vez será algun noble pobreton, algun hidalgo de gotera.»

JIMENO.

Pero al cuento.

GUZMAN.

Al cuento. Ya sabeis que yo gozo de la confianza

del Conde. Anoche me dijo, estando los dos solos en su cuarto: «Escucha, Guzman, quiero que me acompañes: sólo á tí me atrevo á confiar mis designios, porque siempre me has sido fiel; esta noche ha de ser fatal para mí, ó he de llegar al colmo de la felicidad suprema.» «Sígueme», añadió; y atravesó con paso precipitado las galerías, instruyéndome en el camino de su proyecto.

Y ¿qué?

JIMENO.

Su intento era entrar en la habitación de Leonor, para lo cual se había proporcionado una llave.

GUZMAN.

JIMENO.

¿Cómo!... ¡en palacio!... Y ¿se atrevió al fin?...

GUZMAN.

Entró efectivamente; pero en el momento mismo, cuando lleno de amor y de esperanza, se le figuraba que iba á tocar la felicidad suprema, un preludio del laud del maldito trovador vino á sacarle de su delirio.

FERRANDO.

¡Del trovador!

GUZMAN.

Del mismo: estaba en el jardín. «Allí, dijo don Nuño con un acento terrible, allí estará también ella»; y bajó furioso la escalera. La noche era oscurísima; el importuno cantor, que nunca pulsó el laud á peor tiempo, se retiró creyendo sin duda que era mi amo algun curioso escudero: á poco rato bajó la virtuosa Leonor; y equivocando á mi señor con su amante, le condujo silenciosamente á lo más oculto del jardín. Bien pronto las atrevidas palabras del Conde la hicieron conocer con quién se las había... la luna, hasta entónces prudentemente encubierta con una nube espesísima, hizo brillar un instante el acero del celoso cantor delante del pecho de mi amo: poco duró el combate; la espada del Conde cayó á los pies de su rival, y un momento despues ya no había un alma en todo el jardín.

JIMENO.

Y ¿no os parece, como á mí, que el Conde hace muy mal en exponer así su vida? Y si llegan á saber sus Altezas semejantes locuras...

GUZMAN.

¡Calle!... parece que se ha levantado ya...

JIMENO.

Temprano, para lo que ha dormido.

FERRANDO.

Los enamorados... dicen que no duermen.

GUZMAN.

Vamos allá, no nos eche de ménos.

FERRANDO.

Y hoy, que estará de mala guisa...

JIMENO.

Si, vamos.

Cámara de doña Leonor en el palacio.

ESCENA II.

LEONOR. JIMENA. DON GUILLEN.

DON GUILLEN.

Mil quejas tengo que daros,  
Si oirme, hermana, quereis.

LEONOR.

Hablar, don Guillen, podeis;  
Que pronta estoy á escucharos.  
Si á hablar del Conde venis,  
Que será en vano os advierto,  
Y me enojaré por cierto  
Si en tal tema persistis.

DON GUILLEN.

Poco estimais, Leonor,  
El brillo de vuestra cuna,  
Menospreciando al de Luna  
Por un simple trovador.  
¿Qué visteis, hermana, en él,  
Para así tratarle impía?  
¿No supera en bizarría  
Al más apuesto doncel?  
A caballo, en el torneo,  
¿No admirásteis su pujanza?  
A los botes de su lanza...

LEONOR.

Que cayó de un bote creo.

DON GUILLEN.

En fin, mi palabra di  
De que suya habeis de ser,  
Y cumplirla he menester.

LEONOR.

Y vos ¿disponeis de mi?

DON GUILLEN.

Ó soy ó no vuestro hermano.

LEONOR.

Nunca lo fuérais por Dios;  
Que me dió mi madre en vos  
En vez de amigo un tirano.

DON GUILLEN.

En fin, ya os dije mi intento:  
Ved cómo se ha de cumplir...

LEONOR.

No lo esperéis.

DON GUILLEN.

Ó vivir

Encerrada en un convento.

LEONOR.

Lo del convento más bien.

DON GUILLEN.

¿Eso tu audacia responde?

LEONOR.

Que nunca seré del Conde...  
Nunca: ¿lo ois, don Guillen?

DON GUILLEN.

Yo haré que mi voluntad  
Se cumpla, aunque os pese á vos.

LEONOR.

Idos, hermano, con Dios.

DON GUILLEN.

¡Leonor!... á Dios os quedad.

## ESCENA III.

LEONOR. JIMENA.

LEONOR.

¿Lo oiste? ¡Negra fortuna!  
Ya ni esperanza ninguna,  
Ningun consuelo me resta.

JIMENA.

Mas ¿por qué por el de Luna  
Tanto empeño manifiesta?

LEONOR.

Esa soberbia ambicion,  
Que le ciega y le devora,  
Es ¡triste! mi perdicion.  
Y ¡quiere que al que me adora  
Arroje del corazon!  
Yo al Conde no puedo amar;  
Le detesto con el alma:  
El vino ¡ay Dios! á turbar  
De mi corazon la calma,  
Y mi dicha á emponzoñar.  
¿Por qué perseguirme así?

JIMENA.

Desde anoche le aborrezco  
Más y más.

LEONOR.

Yo que creí  
Que era Manrique... ¡Ay de mí!  
Todavía me estremezco.  
Por él me aborrece ya.

JIMENA.

¿Don Manrique?

LEONOR.

Sí, Jimena.

JIMENA.

¿De vuestro amor dudará?

LEONOR.

Celoso del Conde está,  
Y sin culpa me condena. (Llora.)

JIMENA.

¿Siempre llorando, mi amiga?  
No cesas...

LEONOR.

Llorando, sí;

Yo para llorar nací;  
Mi negra estrella enemiga,  
Mi suerte lo quiere así.  
Despreciada, aborrecida

Del que amante idolatré,  
¿Qué es ya para mí la vida?  
Y él creyó que envilecida  
Vendiera á otro amor mi fe.  
No, jamas... la pompa, el oro,  
Guárdelos el Conde allá;  
Ven, trovador, y mi lloro  
Te dirá cómo te adoro,  
Y mi angustia te dirá.  
Mirame aquí prosternada;  
Ven á calmar la inquietud  
De esta mujer desdichada:  
Tuyo es mi amor, mi virtud...  
¿Me quieres más humillada?

JIMENA.

¿Qué haces, Leonor?

LEONOR.

Yo no sé...

Alguien viene.

JIMENA.

¡Él es, por Dios!

¡Y dudabas de su fe!

LEONOR.

¡Jimena!

JIMENA.

Te estorbaré...

Solos os dejo á los dos.

## ESCENA IV.

LEONOR. MANRIQUE, rebozado.

LEONOR.

¿Manrique! ¿eres tú?

MANRIQUE.

Yo, sí...

No tembleis.

LEONOR.

No tiemblo yo;  
Mas si alguno entrar te vió...

MANRIQUE.

Nadie.

LEONOR.

¿Qué buscas aquí?

¿Qué buscas?... ¡ah! por piedad...

MANRIQUE.

¿Os pesa de mi venida?

LEONOR.

No, Manrique, por mi vida;  
Me buscas á mí, ¿es verdad?  
Sí, sí... yo apenas pudiera  
Tanta ventura creer.

¿Lo ves? lloro de placer.

MANRIQUE.

¿Quién, perjura, te creyera!

LEONOR.

¿Perjura?

MANRIQUE.

Mil veces, sí...

Mas no pienses que insensato  
Á obligar á un pecho ingrato,  
Á implorarte vine aquí.  
No vengo lleno de amor  
Cual un tiempo...

LEONOR.

¡Desdichada!

MANRIQUE.

¿Temblais?

LEONOR.

No, no tengo nada...

Pero temo tu rigor.

¿Quién dijo, Manrique, quién,  
Que yo olvidarte pudiera  
Infel, y tu amor vendiera,  
Tu amor, que es sólo mi bien!  
Mis lágrimas ¿no bastaron  
Á arrancar de tu razon  
Esa funesta ilusion?

MANRIQUE.

Harto tiempo me engañaron.  
Demasiado te creí  
Mientras tierna me halagabas,  
Y, pérfida, me engañabas.  
¿Qué necio, qué necio fui!  
Pero no, no impunemente  
Gozarás de tu traicion...  
Yo partiré el corazon  
De ese rival insolente.  
¡Tus lágrimas! ¿Yo creer  
Pudiera, Leonor, en ellas,  
Cuando con tiernas querellas  
A otro halagabas ayer?  
¿No te vi yo mismo, di!

LEONOR.

Sí; pero juzgué engañada  
Que eras tú: con voz pausada  
Cantar una trova oí.  
Era tu voz, tu laud,  
Era el canto seductor  
De un amante trovador  
Lleno de tierna inquietud.  
Turbada perdi mi calma,  
Se estremeció el corazon,  
Y una celeste ilusion  
Me abrasó de amor el alma.  
Me pareció que te via  
En la oscuridad profunda,  
Que á la luna moribunda  
Tu penacho descubria.  
Me figuré verte allí  
Con melancólica frente,  
Suspirando tristemente,  
Tal vez, Manrique, por mí.  
No me engañaba... un temblor

Me sobrecogió un instante...

Era sin duda mi amante,  
Era ¡ay Dios! mi trovador.

MANRIQUE.

Si fuera verdad, mi vida  
Y mil vidas que tuviera,  
Angel hermoso, te diera.

LEONOR.

¿No te soy aborrecida?

MANRIQUE.

¿Tú, Leonor? Pues ¿por quién  
Así en Zaragoza entrara?  
¿Por quién la muerte arrostrara  
Sino por tí, por mi bien?  
¡Aborrecerte! ¿Quién pudo  
Aborrecerte, Leonor?

LEONOR.

¿No dudas ya de mi amor,  
Manrique?

MANRIQUE.

No, ya no dudo:

Ni así pudiera vivir.  
Me amas, ¿es verdad? lo creo,  
Porque creerte deseo  
Para amarte y existir.  
Porque la muerte me fuera  
Más grata que tu desden.

LEONOR.

¡Trovador!

MANRIQUE.

No más: ya es bien

Que parta.

LEONOR.

¿No vuelvo á verte?

MANRIQUE.

Hoy no, muy tarde será.

LEONOR.

¿Tan pronto te marchas?

MANRIQUE.

Hoy:

Ya se sabe que aquí estoy;  
Buscándome están quizá.

LEONOR.

Sí, vete.

MANRIQUE.

Muy pronto síel  
Me verás, Leonor, mi gloria,  
Cuando el cielo dé victoria  
A las armas del de Urgel.  
Retirate... viene alguno.

LEONOR.

¡Es el Conde!

MANRIQUE.

Vete.

LEONOR.

¡Cielos!

MANRIQUE.  
Mal os curásteis mis celos...  
¿Qué busca aquí este importuno?

**ESCENA V.**

MANRIQUE. DON NUÑO.

DON NUÑO.  
¿Qué hombre es éste?

MANRIQUE.  
Guárdeos Dios  
Muchos años, el de Luna.

DON NUÑO.  
(¡Pésia mi negra fortuna!)

MANRIQUE.  
Caballero, hablo con vos.  
Si porque encubierto estoy...

DON NUÑO.  
Si decirme algo teneis,  
Descubrid...

MANRIQUE.  
¿Me conocéis? (Descubriéndose.)

DON NUÑO.  
¡Vos, Manrique!

MANRIQUE.  
El mismo soy.

DON NUÑO.  
Cuando á la ley sois infiel  
Y cuando proscripto estais,  
¿Asi en palacio os entráis,  
Partidario del de Urgel?

MANRIQUE.  
¿Debo temer por ventura,  
Conde, de vos?

DON NUÑO.  
Un traidor...

MANRIQUE.  
Nunca; vuestro mismo honor  
De vos mismo me asegura.  
Siempre fuisteis caballero.

DON NUÑO.  
¿Qué buscáis, Manrique, aquí?

MANRIQUE.  
Á vos, señor Conde.

DON NUÑO.  
¿Á mí?  
Para qué saber espero.

MANRIQUE.  
¿No lo adivináis?

DON NUÑO.  
Tal vez.

MANRIQUE.  
Siempre enemigos los dos  
Hemos sido.

DON NUÑO.  
Si, por Dios.

MANRIQUE.  
Pensáislo con madurez.

DON NUÑO.  
Pienso que atrevido y necio  
Anduvisteis en retar  
Á quien débéis contestar  
Tan sólo con el desprecio.  
¿Qué hay de comun en los dos?  
Hablais al Conde de Luna,  
Hidalgo de pobre cuna.

MANRIQUE.  
Y bueno tal como vos.  
En fin, ¿no admitis el duelo?

DON NUÑO.  
Y ¿lo pudisteis pensar?  
¿Yo hasta vos he de bajar?

MANRIQUE.  
No me insulteis, vive el cielo;  
Que si la espada desnudo,  
La vil lengua os cortaré.

DON NUÑO.  
¿Á mí, villano? No sé (Saca la espada.)  
Cómo en castigarte dudo.  
Mas tú lo quieres.

MANRIQUE.  
Salgamos.

DON NUÑO.  
Sacad el infame acero.

MANRIQUE.  
Don Nuño, fuera os espero;  
Cuidad que en palacio estamos.

DON NUÑO.  
Cobarde, no escucho nada.

MANRIQUE.  
Ved, Conde, que os engañais...  
¿Vos... vos cobarde llamais  
Al que es dueño de esta espada?

DON NUÑO.  
La mia... Y ¡lo sufro! no...

MANRIQUE.  
Á recobrarla venid.

DON NUÑO.  
No; que no sois, advertid,  
Caballero como yo.

MANRIQUE.  
Tal vez os equivocais.  
Y habládme con más espacio  
Mientras estamos en palacio.  
Os aguardo.

DON NUÑO.  
¿Dónde vais?

MANRIQUE.  
Al campo, don Nuño, voy,  
Donde probaros espero  
Que si vos sois caballero...  
Caballero tambien soy.

DON NUÑO.  
¿Os atreveis?...

HARRIQUÉ.  
Sí, venid.

DON NUÑO.  
Trovador, no me insulteis,  
Si en algo el vivir teneis.

HARRIQUÉ.  
Don Nuño, pronto, salid.

## JORNADA SEGUNDA.

### EL CONVENTO.

Cámara de don Nuño.

#### ESCENA PRIMERA.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

DON NUÑO.  
¿Don Guillen?

DON GUILLEN.  
Guárdeos el cielo.

DON NUÑO.  
¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

DON GUILLEN.  
¿Qué! ¿aun no sabéis?...

DON NUÑO.  
Asentad.

DON GUILLEN.  
Todos lloran sin consuelo.

DON NUÑO.  
¿Cómo!

DON GUILLEN.  
La traicion impía,  
Que en yermo á Aragon convierte,  
Dió al Arzobispo la muerte.

DON NUÑO.  
¿Qué decis? ¿á don García?

DON GUILLEN.  
Ahora se acaba de hallar  
Su cádaver junto al muro;  
Que de la noche en lo oscuro  
Le debieron de matar.  
Murió como bueno y fiel...

DON NUÑO.  
Siempre lo fué don García.

DON GUILLEN.  
Porque osado combatía  
La pretension del de Urgel.

DON NUÑO.  
¡Infame y cobarde accion,  
Que he de vengar, por quien soy!

DON GUILLEN.  
Conde...

DON NUÑO.  
Sabed que desde hoy  
Soy Justicia de Aragon;  
Y si mi poder alcanza  
A los traidores, os juro  
Por mi honor, como el sol puro,  
Que han de sentir mi venganza.

DON GUILLEN.  
Pero dejando esto á un lado  
(Que importa más vuestra vida),  
¿Cómo os va de aquella herida?

DON NUÑO.  
Me siento muy mejorado.

DON GUILLEN.  
Ya era tiempo.  
DON NUÑO.  
Un año hará

Que la recibí, por Cristo:  
Muy cerca la muerte he visto;  
Mas bueno me siento ya.

DON GUILLEN.  
La suerte al fin del traidor  
Os dió la venganza presto.

DON NUÑO.  
No me habéis, Guillen, en esto;  
Habladme de Leonor;  
Que hace un año, más de un año,  
Mientras me duró mi herida,  
Que no me habláis, por mi vida,  
De vuestra hermana, y lo extraño.

DON GUILLEN.  
¿Don Nuño!...

DON NUÑO.  
Desde dejó  
El servicio de su Alteza,  
De contemplar su belleza,  
Dura tambien me privó.  
¿Consiente al fin en unir  
Su suerte á la suerte mia?  
¿Se muestra ménos impía?

DON GUILLEN.  
Conde, ¿qué os puedo decir?  
En vano fué amenazar,  
Y nada alcanzó mi ruego;  
Esposa de Dios va luego  
A postrarse ante su altar.

DON NUÑO.  
¿Encerrarse en un convento!  
¿Eso prefiere más bien?

DON GUILLEN.  
En el de Jerusalem  
Va á profesar al momento.

DON NUÑO.  
¡Ingrata!

DON GUILLEN.  
Cuando el rumor  
Llegó, don Nuño, á su oido

De que habia sucumbido  
En Velilla el trovador,  
Desesperada, llorosa...

DON NUÑO.

Y ¿no hay medio, don Guillen?...

DON GUILLEN.

Ninguno; ni ya está bien...

DON NUÑO.

¿Decis que aun no es religiosa?

DON GUILLEN.

Pero lo será muy luégo.

DON NUÑO.

Iré yo á verla; ¿yo iré!

Si es fuerza, la rogaré...

DON GUILLEN.

Despreciará vuestro ruego.

DON NUÑO.

¿Tan en extremo enojada  
Está?

DON GUILLEN.

¿No sabeis, señor,  
Que no hay tirano mayor  
Que la mujer, si es rogada?

DON NUÑO.

Pues bien, la arrebataré  
A los piés del mismo altar.  
Si ella no me quiere amar,  
Yo á amarme la obligaré.

DON GUILLEN.

¿Conde!

DON NUÑO.

Si, sí... loco estoy:  
No os enojeis; ni he querido  
Ofender...

DON GUILLEN.

Noble he nacido,  
Y noble, don Nuño, soy.

DON NUÑO.

Basta; ya sé, don Guillen,  
Que es ilustre vuestra cuna.

DON GUILLEN.

Y jamas mancha ninguna  
La oscurecerá.

DON NUÑO.

Está bien:  
Dejadme.

DON GUILLEN.

¿Quién más que yo  
Este enlace estimaría?  
Mas si amengua mi hidalguía,  
No quiero tal dicha, no.

DON NUÑO.

Decis bien.

DON GUILLEN.

Si os ofendí...  
No; dejadme... fuera están

Mis criados; á Guzman  
Que éntre diréis.

DON GUILLEN.

Lo haré así.

## ESCENA II.

DON NUÑO. Despues GUZMAN.

DON NUÑO.

Gracias á Dios se fué ya;  
Que por cierto me aburría.  
¿Qué vano con su hidalguía  
El buen caballero está!  
Si no me quiere servir,  
Será diligencia vana:  
Ó ha de ser mia su hermana,  
Ó por ella he de morir.

GUZMAN.

¿Señor?

DON NUÑO.

Cierra esa puerta.

GUZMAN.

¿Qué teneis que mandarme?

DON NUÑO.

Sientate.

GUZMAN.

¿En vuestra presencia, señor!

DON NUÑO.

Si: quiero darte esta prueba más de mi apre-  
cio. Voy á encargarte de una comision arriesga-  
da... ¿te atreverás á hacer lo que te diga?

GUZMAN.

A todo estoy pronto.

DON NUÑO.

Piénsalo bien.

GUZMAN.

Aunque me costara la vida; podeis disponer  
de mí.

DON NUÑO.

Ya lo sé, Guzman; nunca has dejado de ser-  
me fiel.

GUZMAN.

Y lo seré siempre.

DON NUÑO.

Yo tambien sabré recompensarte. Bien conoces  
á doña Leonor de Sesé, y sabes lo que por ella  
he padecido.

GUZMAN.

Demasiado, señor.

DON NUÑO.

Y hoy la voy á perder para siempre, si no me  
ayuda tu arrojo. Yo debia haberla olvidado; pero  
mi corazon, y tal vez mi orgullo, se han resen-  
tido ya en extremo... me es imposible no amarla.  
Cuando murió Maudique en el ataque de Velilla,  
creí que resignándose con su suerte, se tendria  
por muy dichosa en dar la mano al Conde de  
Luna, en llevar un apellido noble y brillante: me

engañé... apenas podría creerlo; ha preferido encerrarse con su orgullo en un claustro. Hoy mismo debe profesar en el convento de Jerusalem.

GUZMAN.

¡Hoy mismo!

DON NUÑO.

Si; y no quiero que este acto se verifique.

GUZMAN.

¿Cómo estorbarlo?

DON NUÑO.

¿No me comprendes?

GUZMAN.

Mandad.

DON NUÑO.

Yo te prometo que nada te sucederá: el Rey acaba de hacerme Justicia Mayor de Aragon; de consiguiente contra ti no se hará justicia. El pueblo está consternado con la muerte violenta que han dado los rebeldes al Arzobispo; el Rey necesita de mí y de mis vasallos en estos momentos críticos; todo nos favorece.

GUZMAN.

Cierto.

DON NUÑO.

¿Cuál de mis criados te parece más á propósito para que vaya contigo?

GUZMAN.

Ferrando.

DON NUÑO.

Dile que te acompañe; yo tambien le recomendaré.

(Tocan á la puerta.)

GUZMAN.

¿Oís?

DON NUÑO.

Abre.

**ESCENA III.**

LOS MISMOS. DON LOPE.

DON LOPE.

Su Alteza os manda llamar, Conde.

DON NUÑO.

¿Su Alteza?

DON LOPE.

Parece que está algo alborotada la ciudad con ciertas noticias que ha traído un corredor del ejército.

DON NUÑO.

Pues ¿qué hay?

DON LOPE.

Los rebeldes han entrado á saco á Castellar; y se suena tambien que algunos de ellos se han introducido en Zaragoza, y que esta noche ha de haber revuelta.

DON NUÑO.

Imposible.

DON LOPE.

La ciudad está casi desierta; todos se han consternado; pero lo más particular...

DON NUÑO.

Así podrás con más facilidad... (Aparte á Guzman.)

GUZMAN.

Voy.

DON NUÑO.

Escucha: supongo que no encontrarás resistencia; si la hallares, haz uso de la espada.

GUZMAN.

¿En la misma iglesia?

DON NUÑO.

En cualquier parte.

DON LOPE.

Verdad es que en un tiempo en que se matan arzobispos...

DON NUÑO.

Me has entendido... adios.

**ESCENA IV.**

DON NUÑO. DON LOPE.

DON LOPE.

Como decia, lo que más me ha admirado de todo ello, y lo que á vos sin duda tambien os sorprenderá, es la voz que corre de que el que acaudillaba á los rebeldes en la entrada del castillo era un difunto.

DON NUÑO.

¿Don Lope!

DON LOPE.

¿No adivináis quién sea?

DON NUÑO.

Yo... no conozco fantasmas.

DON LOPE.

Pues bien le conociais, y le odiabais muy particularmente.

DON NUÑO.

¿Quién?...

DON LOPE.

El trovador.

DON NUÑO.

¿Manrique? ¿No se encontró su cadáver en el combate de Velilla?

DON LOPE.

Así se dijo, aunque ninguno le conocia por su persona.

DON NUÑO.

¿Si no era él!

DON LOPE.

No seria, ó como yo más bien creo...

DON NUÑO.

¿Qué?

DON LOPE.

Debe de haber en esto algo de arte del diablo.

DON NUÑO.

¿Silencio! ¿Os quereis burlar?

DON LOPE.

No, por mi vida.

DON NUÑO.

Y ¿está en el castillo?

**DON LOPE.**  
No, en Zaragoza.

**DON NUÑO.**  
¿Aquí?

**DON LOPE.**  
Así lo ha dicho quien le vió á la madrugada  
cerca de la Puerta del Sol.

**DON NUÑO.**  
Y él será tal vez el caudillo de la trama...

**DON LOPE.**  
Él es á lo ménos el más osado, y por consi-  
guiente, el más á propósito...

**DON NUÑO.**  
¿Pluguiera á Dios que así fuese!

**DON LOPE.**  
Nadie lo duda en la ciudad.

**DON NUÑO.**  
¿Decíais que me llamaba su Alteza?

**DON LOPE.**  
Seguramente.

**DON NUÑO.**  
Adios, don Lope; esta noche los castigaremos  
si se atreven.

**DON LOPE.**  
Yo lo espero...

#### ESCENA V.

**DON LOPE.**

Pues no las tengo yo todas conmigo... y si los  
soldados son como el caudillo... ¡pardiez! ¡un  
ejército de fantasmas, una falange espiritual!

En el fondo del teatro se verá la reja del loentorio de un  
convento; tres puertas, una al lado de la reja que comuni-  
ca con el interior del claustro, otra á la derecha que va á la  
iglesia, y la otra á la izquierda que figura ser la entrada  
de la calle.

#### ESCENA VI.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio; la puerta que  
está al lado de la reja se abre, y aparece **LEONOR**  
apoyada del brazo de **JIMENA**; las rodean algunos sacer-  
dotes y religiosas.

**LEONOR.**  
¡Jimena!

**JIMENA.**  
Al fin abandonas  
A tu amiga.

**LEONOR.**  
Quiera el cielo  
Hacerte á tí más feliz,  
Tanto como yo deseo.

**JIMENA.**  
¿Por qué obstinarte?

**LEONOR.**  
Es preciso:  
Ya no hay en el universo  
Nada que me haga apreciar  
Esta vida que aborrezco.

Aquí de Dios en las aras  
No veré, amiga, á lo ménos  
A esos tiranos impíos,  
Que causa de mi mal fueron.

**JIMENA.**  
¿Ni una esperanza?...

**LEONOR.**  
Ninguna:  
Él murió ya.

**JIMENA.**  
Tal vez luégo  
Se borrará de tu mente  
Ese recuerdo funesto.  
El mal, como la ventura,  
Todo, pasa con el tiempo.

**LEONOR.**  
Estoy resuelta; ya no hay  
Felicidad, ni la quiero,  
En el mundo para mí:  
Sólo morir apetezco.  
Acompáñame, Jimena.

**JIMENA.**  
Estás temblando.  
**LEONOR.**  
Sí, tiemblo,  
Porque á ofender voy á Dios  
Con pérfido juramento.

**JIMENA.**  
¿Qué dices!  
**LEONOR.**  
¡Ay! todavía  
Delante de mí le tengo,  
Y Dios, y el altar y el mundo  
Olvido cuando le veo.  
Y siempre viéndole estoy,  
Amante, dichoso y tierno...  
Mas no existe, es ilusion  
Que imagina mi deseo.  
Vamos.

**JIMENA.**  
¡Leonor!  
**LEONOR.**  
Vamos pronto;  
Le olvidaré, lo prometo.  
Dios me ayudará... sostenme,  
Que apenas tenerme puedo.

#### ESCENA VII.

Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda  
**DON MANRIQUE** con el rostro cubierto con la celada, y  
**RUIZ.**

**RUIZ.**  
Este es el convento.  
**DON MANRIQUE.**  
Sí,  
Ruiz; pero nada veo.  
¿Si te engañaron?

RUIZ.

No creo...

DON MANRIQUE.

¿Estás cierto que era aquí?

RUIZ.

Señor, muy cierto.

DON MANRIQUE.

Sin duda

Tomó ya el velo.

RUIZ.

Quizá.

DON MANRIQUE.

Ya esposa de Dios será,  
Ya el ara santa la escuda.

RUIZ.

Pero...

DON MANRIQUE.

Déjame, Ruiz;

Ya para mí no hay consuelo.  
¿Por qué me dió vida el cielo,  
Si ha de ser tan infeliz?

RUIZ.

Mas ¿qué causa pudo haber  
Para que así consagrara  
Tanta hermosura en el ara?  
Mucho debió padecer.

DON MANRIQUE.

Nuevas falsas de mi muerte  
En los campos de Velilla  
Corrieron, cuando en Castilla  
Estaba yo.

RUIZ.

De esa suerte...

DON MANRIQUE.

Persiguiéronla inhumanos  
Que envidiaban nuestro amor,  
Y ella busca al Redentor  
Huyendo de sus tiranos.  
Si supiera que áun existo  
Para adorarla... no, no...  
Ya olvidarte debo yo,  
Esposa de Jesucristo.

RUIZ.

¿Qué haceis? Callad...

DON MANRIQUE.

Loco estoy...

Y ¿cómo no estarlo ¡ay cielo!  
Si infelice mi consuelo  
Pierdo y mis delicias hoy?  
No los perderé: Ruiz,  
Déjame.

RUIZ.

¿Qué vais á hacer?

DON MANRIQUE.

Pudíerala acaso ver...  
Con esto fuera feliz.

RUIZ.

Aquí el locutorio está.

DON MANRIQUE.

Vete.

RUIZ.

Fuera estoy.

ESCENA VIII.

DON MANRIQUE. Despues GUZMAN, FERRANDO.

DON MANRIQUE.

¿Qué haré?

Turbado estoy... ¿llamaré?  
Tal vez orando estará.  
Acaso en este momento  
Llora cuitada por mí.  
Nadie viene... por aquí...  
Es la iglesia del convento.

FERRANDO.

Tarde llegamos, Guzman.

GUZMAN.

¿Quién es ese hombre?

FERRANDO.

No sé.

(Las religiosas cantarían dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento despues de concluida la jornada.)

GUZMAN.

¿Oyes el canto?

FERRANDO.

Sí á fe.

GUZMAN.

En la ceremonia están.

DON MANRIQUE.

Qué escucho... ¡cielos! es ella...  
(Mirando á la puerta de la iglesia.)  
Allí está bañada en llanto,  
Junto al altar sacrosanto,  
Y con su dolor más bella.

GUZMAN.

¿No es ésa la iglesia?

FERRANDO.

Vamos.

DON MANRIQUE.

Ya se acercan hácia aquí.

FERRANDO.

Espérate.

GUZMAN.

¿Vienen?

FERRANDO.

Sí.

DON MANRIQUE.

No, que no me encuentre... huyamos.

(Quiere huir; pero deteniéndose de pronto, se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito salen de la iglesia y se dirigen á la puerta del claustro; pero al pasar al lado de Manrique, éste alza la visera, y Leonor, reconociéndole, cae desmayada á sus piés. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.)

GUZMAN.

Esta es la ocasion... valor.

LEONOR.  
¿Quién es aquel? mi deseo (A Jimena.)  
Me engaña... Sí, es él!

JIMENA.  
¿Qué veo!

LEONOR.  
¡Ah! ¡Manrique!...

GUZMAN Y FERRANDO.  
¡El trovador! (Huyen.)

## JORNADA TERCERA.

### LA GITANA.

Interior de una cabaña: Azucena estará sentada cerca de una hoguera; Manrique á su lado de pié.

#### ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUCENA.

AZUCENA. (Canta.)

«Bramando está el pueblo indómito  
De la hoguera en derredor;  
Al ver ya cerca la víctima,  
Gritos lanza de furor.

«Allí viene; el rostro pálido,  
Sus miradas de terror,  
Brillan de la llama trémula  
Al siniestro resplandor.»

DON MANRIQUE.

¿Qué triste es esa canción!

AZUCENA.

Tú no conoces esa historia, aunque nadie mejor que tú pudiera saberla.

DON MANRIQUE.

¿Yo?...

AZUCENA.

¿Te separaste tan niño de mi lado! ¡ingrato! abandonaste á tu madre por seguir á un desconocido...

DON MANRIQUE.

A don Diego de Haro, señor de Vizcaya.

AZUCENA.

Pero que no te amaba tanto como yo.

DON MANRIQUE.

Mi objeto era el de haceros feliz... las montañas de Vizcaya no podían suministrar á mi ambición recursos para elevarme á la altura de mis ilusiones. Seguí á don Diego hasta Zaragoza porque se decidió á protegerme; y yo decía para mí: «Algún día sacaré á mi madre de la miseria»; pero vos no lo habeis querido.

AZUCENA.

No, yo soy feliz: yo no ambiciono alcázares do-

rados; tengo bastante con mi libertad y con las montañas donde vivieron siempre nuestros padres.

DON MANRIQUE.

¿Siempre!

AZUCENA.

Pero, hijo mio, la pobreza tiene muchos inconvenientes, y tu familia los ha experimentado muy terribles.

DON MANRIQUE.

¿Mi familia?

AZUCENA.

Nada me has preguntado nunca acerca de ella.

DON MANRIQUE.

No me he atrevido... no sé por qué se me ha figurado que me habeis de contar alguna cosa horrible.

AZUCENA.

Tienes razon: ¿una cosa horrible!... Yo para recordarlo no podria ménos de estremecerme... ¿Ves esa hoguera? ¿sabes tú lo que significa esa hoguera? Yo no puedo mirarla sin que se me despegue la carne de los huesos, y no puedo apartarla de mí, porque el frio de la noche hiela todo mi cuerpo.

DON MANRIQUE.

Pero ¿por qué os habeis querido fijar en este sitio?

AZUCENA.

Porque este sitio tiene para mí recuerdos muy profundos... desde aquí se descubren los muros de Zaragoza... éste era, éste, el sitio donde murió.

DON MANRIQUE.

¿Quién, madre mía?

AZUCENA.

Es verdad, tú no lo sabes, y sin embargo era mi madre, mi pobre madre, que nunca habia hecho daño á nadie. Pero ¡dieron en decir que era bruja!...

DON MANRIQUE.

¿Vuestra madre!

AZUCENA.

Si: la acusaron de haber hecho mal de ojo al hijo de un caballero, de un conde. No hubo compasion para ella, y la condenaron á ser quemada viva.

DON MANRIQUE.

¿Qué horror! ¡Bárbaros!... Y ¿lo consumaron?

AZUCENA.

En este mismo sitio, donde está esa hoguera.

DON MANRIQUE.

¿Gran Dios!

AZUCENA.

Yo la seguia de lejos, llorando mucho, como quien llora por una madre. Llevaba yo á mi hijo en los brazos, á ti; mi madre volvió tres veces la cabeza para mirarme y bendecirme. La última vez, cerca del suplicio... allí, me miró haciendo un gesto espantoso, y con una voz ahogada y ron-

ca, me gritó: « ¡Véngame! » ; Aquella palabra! no la puedo olvidar aquella palabra... se grabó en mi alma, en todos mis sentidos, y yo juré vengarla de una manera horrorosa.

DON MARIQUE.

Si, y la vengásteis... ¿es verdad? Tendria un placer en saberlo. Mil crímenes, mil muertes no eran bastantes.

AZUCENA.

Pocos dias despues tuve ocasion de conseguirlo. Yo no hacia otra cosa que rodear la casa del conde que habia sido causa de la muerte de aquella desgraciada... un dia logré introducirme en ella y le arrebaté el niño, y dos minutos despues ya estaba yo en este sitio, donde tenia preparada la hoguera.

DON MARIQUE.

Y ¿tuvisteis valor?...

AZUCENA.

El inocente lloraba, y parecia querer implorar mi compasion... Tal vez me acariciaba... ¡Dios mio! yo no tuve valor... yo tambien era madre... (Llorando.)

DON MARIQUE.

Y ¿en fin?...

AZUCENA.

Yo no habia olvidado, sin embargo, á la infeliz que me habia dado el sér; pero los lamentos de aquella infeliz criatura me desarmaban, me rasgaban el corazon. Esta lucha era superior á mis fuerzas, y bien pronto se apoderó de mí una convulsion violenta... yo oia confusamente los chillidos del niño y aquel grito que me decia: « ¡Véngame! » Pero de repente, y como en un sueño, se me puso delante de los ojos aquel suplicio, los soldados con sus picas, mi madre desgñada y pálida, que con paso trémulo caminaba despacio, muy despacio, hácia la muerte, y que volvia la cara para mirarme, para decirme: ¡Véngame! Un furor desesperado se apoderó de mí, y desatentada y frenética tendí las manos buscando una victima; la encontré, la así con una fuerza convulsiva, y la precipité entre las llamas. Sus gritos horrorosos ya no sirvieron sino para sacarme de aquel enajenamiento mortal... abrí los ojos, los tendí á todas partes... la hoguera consumia una victima, y el hijo del Conde estaba allí. (Señalando á la izquierda.)

DON MARIQUE.

¡Desgraciada!

AZUCENA.

Habia quemado á mi hijo.

DON MARIQUE.

¡Vuestro hijo! Pues ¿quién soy yo, quién?... Todo lo veo.

AZUCENA.

¿Te he dicho que habia quemado á mi hijo?... no... he querido burlarme de tu ambicion... tú eres mi hijo; el del Conde, sí, el del Conde era el

que abrasaban las llamas... ¿no quieres tú que yo sea tu madre?

DON MARIQUE.

Perdonad.

AZUCENA.

¡Ingrato! ¿No te he prodigado una ternura sin limites?

DON MARIQUE.

Perdonad: merezco vuestras reconvencciones. Mil veces dentro en mi corazon, os lo confieso, he deseado que no fueseis mi madre, no porque no os quiera con toda mi alma, sino porque ambiciono un nombre, un nombre que me falta. Mil veces digo para mí: « Si yo fuese un Lanuza, un Urrea... »

AZUCENA.

Un Artal...

DON MARIQUE.

No, un Artal no, es apellido que detesto; primero el hijo de un confeso. Pero á pesar de mi ambicion, os amo, madre mia; no... yo no quiero sino ser vuestro hijo. ¿Qué me importa un nombre? mi corazon es tan grande como el de un rey... ¿qué noble ha doblado nunca mi brazo?

AZUCENA.

Si, sí; ¿á qué ambicionar más?

DON MARIQUE.

Aún no viene. (Llegándose á la puerta.)

AZUCENA.

Pero sin embargo, estás muy triste... ¿te devora algun pesar secreto? ¿Sientes tú haber nacido de unos padres tan humildes? No temas, yo no diré á nadie que soy tu madre, me contentaré con decirme á mi propia, y vanagloriarme interiormente. ¿Estás contento?

ESCENA II.

LOS MISMOS. RUIZ.

DON MARIQUE.

Ahi está.

AZUCENA.

¿Esperabas á ese hombre?

DON MARIQUE.

Si, madre.

AZUCENA.

No temas, no me veré. (Se aparta á un lado.)

RUIZ.

¿Estais pronto?

DON MARIQUE.

¿Eres tú, Ruiz?

RUIZ.

El mismo; todo está preparado.

DON MARIQUE.

Marchemos.

ESCENA III.

AZUCENA.

Se ha ido sin decirme nada, sin mirarme siquiera. ¡Ingrato! no parece sino que conoce mi

secreto... ¡ah! que no sepa nunca... Si yo le dijera: «Tú no eres mi hijo, tu familia lleva un nombre esclarecido, no me perteneces...» me despreciaría, y me dejaría abandonada en la vejez. Estuvo en poco que no se lo descubriera... ¡ah! no, no lo sabrá nunca... ¿Por qué le perdoné la vida, sino para que fuera mi hijo?

#### ESCENA IV.

El teatro representa una celda: en el fondo á la izquierda habrá un reclinatorio, en el cual estará arrodillada LEONOR: se ve un crucifijo pendiente de la pared delante del reclinatorio.

LEONOR.

Ya el sacrificio que odié,  
Mi labio trémulo y frío  
Consumó: perdón, Dios mío,  
Perdona si te ultrajé.  
Llorar triste y suspirar  
Sólo puedo; ¡ay, Señor! no...  
Tuya no debo ser yo,  
Recházame de tu altar.  
Los votos que allí te hiciera  
Fueron votos de dolor,  
Arrancados al temor  
De una alma tierna y sincera.  
Cuando en el ara fatal  
Eterna fe te juraba,  
Mi mente ¡ay Dios! se extasiaba  
En la imagen de un mortal.  
Imagen que vive en mí  
Hermosa, pura y constante...  
No, tu poder no es bastante  
Á separarla de aquí.  
Perdona, Dios de bondad,  
Perdona, sé que te ofendo:  
Vibra tu rayo tremendo  
Y confunde mi impiedad.  
Mas no puedo en mi inquietud  
Arrancar del corazón  
Esta violenta pasión,  
Que es mayor que mi virtud.  
Tiempos en que amor solía  
Colmar piadoso mi afán,  
¿Qué os hicisteis? ¿dónde están  
Vuestra gloria y mi alegría?  
¿De amor el suspiro tierno  
Y aquel placer sin igual,  
Tan breve para mí mal,  
Aunque en mi memoria eterno?  
Ya pasó... mi juventud  
Los tiranos marchitaron,  
Y á mi vida prepararon  
Junto al ara el ataúd.  
Ilusiones engañosas,  
Livianas como el placer,

No aumenteis mi padecer...

¡Sois por mi mal tan hermosas!

(Una voz, acompañada de un laúd, canta las siguientes estrofas despues de un breve preludio; Leonor manifiesta entre tanto la mayor agitacion.)

«Canina á orillas del Ebro

Caballero lidiador,

Puesta en la cuja la lanza

Que mil contrarios venció.

Despierta, Leonor,

Leonor.»

«Buscando viene anhelante

A la prenda de su amor,

Á su pesar consagrada

En los altares de Dios.

Despierta, Leonor,

Leonor.»

LEONOR.

Sueños, dejadme gozar...

No hay duda... él es... ¡trovador!...

¿Será posible!... (Viendo entrar á don Manrique.)

DON MANRIQUE.

¡Leonor!

LEONOR.

¡Gran Dios! ya puedo respirar.

#### ESCENA V.

DON MANRIQUE. LEONOR.

DON MANRIQUE.

Te encuentro al fin, Leonor.

LEONOR.

Huye: ¿qué has hecho?

DON MANRIQUE.

Vengo á salvarte, á quebrantar osado

Los grillos que te oprimen, á estrecharte

En mi seno, de amor enajenado.

¿Es verdad, Leonor? Dime si es cierto

Que te estrecho en mis brazos, que respiras

Para colmar, hermosa, mi esperanza,

Y que extasiada de placer me miras.

LEONOR.

¡Manrique!

DON MANRIQUE.

Sí, tu amante que te adora,

Más que nunca feliz.

LEONOR.

¡Calla!...

DON MANRIQUE.

No temas;

Todo en silencio está como el sepulcro.

LEONOR.

¡Ay! ¡ojalá que en él feliz durmiera

Antes que delincuente profanara,

Torpe esposa de Dios, su santo velo!

DON MANRIQUE.

¡Su esposa tú!... jamás...

LEONOR.

Yo, desdichada,  
Yo no ofendiera con mi llanto al cielo.

DON MANRIQUE.

No, Leonor: tus votos indiscretos  
No complacen á Dios; ellos le ultrajan.  
¿Por qué temes? huyamos; nadie puede  
Separarme de ti... ¿tiemblas?... ¿vacilas?...

LEONOR.

¡Sí, Manrique!... ¡Manrique!... ya no puede  
Ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida,  
Aunque llena de horror y de amargura,  
Ya consagrada está, y eternamente.  
En las aras de un Dios omnipotente.  
Peligroso mortal, no más te goces  
Envenenando ufano mi existencia;  
Demasiado sufrí, déjame al ménos  
Que triste muera aquí con mi inocencia.

DON MANRIQUE.

¿Esto aguardaba yo! Cuando creía  
Que más que nunca enamorada y tierna  
Me esperabas ansiosa, ¡así te encuentro  
Sorda á mi ruego, á mis halagos fría!  
Y ¿tiemblas, di, de abandonar las aras  
Donde tu puro afecto y tu hermosura  
Sacrificaste á Dios?... ¡Pues qué!... ¿no fueras  
Antes conmigo que con Dios perjura!  
Sí, en una noche...

LEONOR.

¡Por piedad!

DON MANRIQUE.

¿Te acuerdas?

En una noche plácida y tranquila...  
¿Qué recuerdo, Leonor! nunca se aparta  
De aquí, del corazón: la luna herida  
Con moribunda luz tu frente hermosa,  
Y de la noche el aura silenciosa  
Nuestros suspiros tiernos confundía.  
«Nadie cual yo te amó», mil y mil veces  
Me dijiste falaz; «Nadie en el mundo  
Como yo puede amar»; y yo, insensato,  
Fiaba en tu promesa seductora,  
Y feliz y extasiado en tu hermosura,  
Con mi esperanza allí me halló la aurora.  
¿Quimérica esperanza! ¿quién diría  
Que la que tanto amor así juraba,  
Juramento y amor olvidaría!

LEONOR.

Ten de mi compasión: si por tí tiemblo,  
Por tí y por mi virtud, ¿no es harto triunfo!  
Sí, yo te adoro aún; aquí en mi pecho,  
Como un raudal de abrasadora llama  
Que mi vida consume, eternos viven  
Tus recuerdos de amor; aquí, y por siempre,  
Por siempre aquí estarán; que en vano quise  
Bañada en lloro, ante el altar postrada,  
Mi pasión criminal lanzar del pecho.

No encones más mi endurecida llaga;  
Si aún amas á Leonor, huye, te ruego,  
Libértame de tí.

DON MANRIQUE.

¡Que huya, me dices!...  
¡Yo, que sé que me amas!...

LEONOR.

No, no creas...  
No puedo amarte yo... si te lo he dicho,  
Si perjuro mi labio te engañaba,  
¿Lo pudiste creer?... Yo lo decía;  
Pero mi corazón... te idolatraba.

DON MANRIQUE.

¿Encanto celestial! tanta ventura  
Puedo apenas creer.

LEONOR.

¿Me compadececes?...

DON MANRIQUE.

Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;  
Deja que ansioso en mi delirio goce  
Un momento de amor: injusto he sido,  
Injusto para tí... vuelve tus ojos,  
Y mirame risueña y sin enojos.  
¿Es verdad que en el mundo no hay delicia  
Para tí sin mi amor?

LEONOR.

¿Lo dudas?

DON MANRIQUE.

Vamos...

Pronto huyamos de aquí.

LEONOR.

¡Si ver pudieses  
La lucha horrenda que mi pecho abriga!  
¿Qué pretendes de mí? ¿que infame, impura,  
Abandone el altar, y que te siga  
Amante tierna, á mi deber perjura?  
Mirame aquí á tus pies, aquí te imploro  
Que del seno me arranques de la dicha;  
Tus brazos son mi altar, seré tu esposa,  
Y tu esclava seré; pronto, un momento.  
Un momento pudiera descubrirnos,  
Y te perdiera entónces.

DON MANRIQUE.

¡Ángel mío!

LEONOR.

Huyamos, sí... ¿no ves allí en el claustro  
Una sombra?... ¡gran Dios!

DON MANRIQUE.

No hay nadie, nadie...

Fantástica ilusión.

LEONOR.

Ven, no te alejes;  
Tengo un miedo! no, no... te han visto... vete...  
Pronto, vete por Dios... mira el abismo  
Bajo mis pies abierto: no pretendas  
Precipitarme en él.

DON MANRIQUE.

LEONOR, respira,

Respira por piedad: yo te prometo  
Respetar tu virtud y tu ternura.

No alienta. Sus sentidos trastornados...

Me abandonan sus brazos... no, yo siento

Su seno palpar... Leonor, ya es tiempo *hura*

De huir de esta mansión; pero conmigo

Vendrás también. Mi amor, mis esperanzas,

Tú para mí eres todo, ángel hermoso.

¿No me juraste amarme eternamente

Por el Dios que gobierna el firmamento?

Ven á cumplirme, ven, tu juramento.

Calle corta: á la izquierda se ve la fachada de una iglesia.

## ESCENA IV.

RUIZ. Un momento después, UN SOLDADO.

RUIZ.

¿Es mucho tardar! me temo que esta dilación...

¡Oiga! ¿quién va?

SOLDADO.

¿Ruiz?

RUIZ.

El mismo. ¡Ah! ¿eres tú? ¿ha llegado la gente?

SOLDADO.

Ya está cerca del muro; pero la puerta está guardada.

RUIZ.

¿Cómo! ¿alguno nos ha vendido tal vez?

SOLDADO.

El Rey ha salido esta noche de la ciudad.

RUIZ.

Algo ha sabido.

SOLDADO.

Sin duda. ¿Con cuántos hombres podemos contar dentro de la ciudad?

RUIZ.

Apénas llegan á ciento.

SOLDADO.

Bastan para atacar la puerta, si nos ayudan los de fuera.

RUIZ.

Dices bien.

SOLDADO.

Vamos.

RUIZ.

(¿Y don Manrique?)

SOLDADO.

¿Temes?

RUIZ.

¡Yo!... no; pero queda mi señor todavía en el convento.

SOLDADO.

¡Diablo! ya... pero es cosa de un momento: un ataque imprevisto por la espalda y por el frente... después ya no corre peligro.

RUIZ.

Vamos.

## ESCENA VII.

DON MANRIQUE. LEONOR.

DON MANRIQUE.

Alienta, en salvo estamos.

LEONOR.

¡Ay!

DON MANRIQUE.

Ya vuelve...

LEONOR.

¿Dónde estoy?

DON MANRIQUE.

En mis brazos, LEONOR. (Se oye dentro ruido lejano de armas.)

LEONOR.

¿Qué rumor es ese?...

DON MANRIQUE.

¡Cielos!... tal vez...

LEONOR.

¿Adónde me llevas? Suéltame, por Dios... ¿no ves que te pierdes?

DON MANRIQUE.

¿Qué me importa, si no te pierdo á tí?

LEONOR.

Pero ¿qué significa ese ruido?

DON MANRIQUE.

No es nada, nada.

LEONOR.

Ese resplandor... esas luces que se divisan á lo lejos...

DON MANRIQUE.

Es verdad; pero no temas, estoy á tu lado...

LEONOR.

¿No oyes estruendo de armas?

DON MANRIQUE.

Sí, confusamente se percibe.

LEONOR.

¿Si vienen en nuestra busca?

DON MANRIQUE.

No puede ser.

LEONOR.

Pero esos hombres que se acercan... he distinguido los penachos.

DON MANRIQUE.

No temas.

LEONOR.

¿Qué van á hacer contigo? Huye, huye, por Dios.

DON MANRIQUE.

Si fueran mis soldados...

LEONOR.

Vete; se acercan... ¿no los ves? ¡es el Conde!

DON MANRIQUE.

¡Don Nuño! es verdad... ¡gran Dios! ¿y he de perderte? (Se oye tocar á rebato.)

LEONOR.

¿Escuchas?

DON MANRIQUE.

Sí, ésta es la señal.

DENTRO.

¡Traicion, traicion!

DON MANRIQUE.

Estamos libres. (Desvainando la espada.)

DENTRO.

¡Traicion!

LEONOR.

¿Qué haces?

**ESCENA VIII.**

En este momento salen por la izquierda DON NUÑO, DON GUILLEN, DON LOPE Y SOLDADOS con lucas, y por la derecha RUIZ Y VARIOS SOLDADOS que se colocan al lado de DON MANRIQUE: éste defenderá á LEONOR, ocultándose entre los suyos y peleando con DON GUILLEN Y DON NUÑO: entre tanto no cesarán de tocar á rebato.

DON MANRIQUE.

¡Aquí, mis valientes!

DON NUÑO.

Él es.

DON GUILLEN.

¡Traidor!

LEONOR.

¡Piedad, piedad!

**JORNADA CUARTA.**

**LA REVELACION.**

El teatro representa un campamento con varias tiendas; algunos soldados se pasean por el fondo.

**ESCENA PRIMERA.**

DON NUÑO. DON GUILLEN. JIMENO.

DON NUÑO.

Bien venido, don Guillen:

Ya cuidadoso esperaba

Vuestra vuelta. ¿Qué habeis visto?

DON GUILLEN.

Como mandasteis, al alba

Sali á explorar todo el campo,

Y me interné en la montaña.

DON NUÑO.

¿No encontrasteis los rebeldes?

DON GUILLEN.

Encerrados nos aguardan

En Castellar.

DON NUÑO.

¿Nos esperan?

DON GUILLEN.

A tanto llega su audacia.

DON NUÑO.

¿Sabeis si está don Manrique?

DON GUILLEN.

Don Manrique es quien los manda.

DON NUÑO.

Albricias, don Guillen; hoy

Recobraréis vuestra hermanana.

DON GUILLEN.

No sabeis cuál lo deseo,

Por lavar la torpe mancha

Que esa pérfida ha estampado

En el blason de mis armas.

¡Allí con su seductor!...

No quiero pensarlo... ¡infamia

I audita! ¡y está allí...

Y yo no voy á arrancarla

Con el corazon villano

El torpe amor que la abrasa!

DON NUÑO.

Soseguos.

DON GUILLEN.

No, no sosiega

El que así de su prosapia

Ve el blason envilecido...

Honrado nací en mi casa,

Y á la tumba de mis padres

Bajará mi honor sin mancha.

DON NUÑO.

Sin mancha, yo os lo prometo.

DON GUILLEN.

¡El traidor! ¡que se escapara

La noche que en Zaragoza

Entre el rumor de las armas

La arrancó del claustro!

DON NUÑO.

En vano

Perseguirle procuraba:

Se me ocultó entre los suyos...

DON GUILLEN.

Que bien pagaron su audacia.

DON NUÑO.

Que levanten esas tiendas,

Para ponernos en marcha

Al instante... ¡nos esperan!

¿Tiene mucha gente?

DON GUILLEN.

Basta

Para guardar el castillo

La que he visto... y bien armada.

Catalanes son los más,

Y toda gente lozana.

DON NUÑO.

No importa: de Zaragoza

Hoy nos llegaron cien lanzas

Y seiscientos ballesteros.

Que nos hacian gran falta.

No se escaparán, si Dios

Quiere ayudar nuestra causa.

¿Qué ruido es ése? (Se oye dentro rumor y algazara.)

## ESCENA II.

LOS MISMOS. GUZMAN.

GUZMAN.

¿Señor?

DON NUÑO.

¿Qué motiva esa algazara?  
¿Qué traéis?

GUZMAN.

Vuestros soldados,  
Que por el campo rondaban,  
Han preso á una bruja.

DON NUÑO.

¿Qué?

GUZMAN.

Si, señor, á una gitana.

DON NUÑO.

¿Por qué motivo?

GUZMAN.

Sospechan,  
Al ver que de huir trataba  
Cuando la vieron, que venga  
A espiar.

DON NUÑO.

Y ¿por qué arman  
Ese alboroto? ¿qué es eso? (Mirando adentro.)

DON GUILLEN.

¿No veis cómo la maltratan?

DON NUÑO.

Traédmela, y que ninguno  
Sea atrevido á tocarla.

## ESCENA III.

LOS MISMOS. AZUCENA, conducida por SOLDADOS y con las manos atadas.

AZUCENA.

Defendedme de estos hombres,  
Que sin compasion me matan...  
Defendadme.

DON NUÑO.

Nada temas;

Nadie te ofende.

AZUCENA.

¿Qué causa

He dado para que así  
Me maltraten?

DON GUILLEN.

¡Desgraciada!

DON NUÑO.

¿Adónde ibas?

AZUCENA.

No sé...

Por el mundo: una gitana  
Por todas partes camina,  
Y todo el mundo es su casa.

DON NUÑO.

¿No estuviste en Aragon  
Nunca?

AZUCENA.

Jamás.

JIMENO.

¿Esa cara!

DON NUÑO.

¿Vienes de Castilla?

AZUCENA.

No;

Vengo, señor, de Vizcaya;  
Que la luz primera vi  
En sus áridas montañas.  
Por largo tiempo he vivido  
En sus crestas elevadas,  
Donde, pobre y miserable,  
Por dichosa me juzgaba.  
Un hijo solo tenía,  
Y me dejó abandonada:  
Voy por el mundo á buscarle;  
Que no tengo otra esperanza.  
Y ¡le quiero tanto! él es  
El consuelo de mi alma,  
Señor, y el único apoyo  
De mi vejez desdichada.  
¡Ay! Si... Dejadme, por Dios,  
Que á buscar á mi hijo vaya;  
Y á esos hombres tan crueles,  
Decid que mal no me hagan.

GUZMAN.

Me hace sospechar, don Nuño.

DON NUÑO.

Teme, mujer, si me engañas.

AZUCENA.

¿Queréis que os lo jure?

DON NUÑO.

No;

Mas ten cuenta que te habla  
El Conde de Luna.

AZUCENA.

¡Vos! (Sobresaltada.)

¿Sois vos? (¡Gran Dios!)

JIMENO.

¿Esa cara!

Esa turbacion...

AZUCENA.

Dejadme...

Permitidme que me vaya...

JIMENO.

¿Irte?... Don Nuño, prendeilla.

AZUCENA.

Por piedad, no... ¿Qué! ¿no bastan  
Los golpes de esos impíos,  
Que de dolor me traspasan?

DON NUÑO.

Que la suelten.

JIMENO.

No, don Nuño.

DON NUÑO.

Está loca.

JIMENO.

Esa gitana

Es la misma que á don Juan,  
Vuestro hermano...

DON NUÑO.

¡Qué oigo!

AZUCENA.

¡Calla!

No se lo digas, cruel;  
Que si lo sabe, me mata.

DON NUÑO.

Atadla bien.

AZUCENA.

Por favor;

Que esas cuerlas me quebrantan  
Las manos... ¡Manrique! ¡hijo!  
Ven á librarme...

DON GUILLEN.

¡Qué habla!

AZUCENA.

Ven; que llevan á morir  
Á tu madre.

DON NUÑO.

¡Tú, inhumana,

Tú fuiste!

AZUCENA.

No me hagáis mal,  
Os lo pido arrodillada...  
Tened compasion de mí.

DON NUÑO.

Llevadla de aquí... apartadla  
De mi vista.

AZUCENA.

No fui yo;

Ved, don Nuño, que os engañan.

**ESCENA IV.**

LOS MISMOS, ménos Azucena y soldados.

DON NUÑO.

Tomad, don Lope, cien hombres,  
Y á Zaragoza llevadla:  
Vos de ella me respondeis  
Con vuestra cabeza.

DON GUILLEN.

¡Marcha

El campo?

DON NUÑO.

Sí, á Castellar.

¡Es hijo de una gitana!...  
¿No lo oisteis, don Guillen,  
Que á Manrique demandaba?

DON GUILLEN.

Sí, si...

DON NUÑO.

Pronto á Castellar;

Que esta tardanza me mata...

Yo os prometo no dejar

Una piedra en sus murallas.

Habitacion de Leonor en la torre de Castellar, con dos  
puertas laterales.

**ESCENA V.**

LEONOR. RUIZ.

RUIZ.

¿Que mandarme teneis?

LEONOR.

¿Y don Manrique?

RUIZ.

Aun reposando está.

(Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.)

LEONOR.

Duerme tranquilo,

Mientras rugiendo atroz sobre tu frente

Rueda la tempestad, mientras llorosa

Tu amante criminal tiembla azorada.

¿Cuál es mi suerte? ¡Oh Dios! ¿Por qué tus aras

Ilusa abandoné? La paz dichosa,

Que allí bajo las bóvedas sombrías

Feliz gozaba tu perjura esposa...

¡Esposa yo de Dios? no puedo serlo;

Jamas, nunca lo fui... tengo un amante

Que me adora sin fin, y yo le adoro,

Que no puedo olvidar solo un instante.

Ya con eternos vinculos el crimen

A su suerte me unió... nudo funesto,

Nudo de maldicion, que allá en su trono

Enojado maldice un Dios terrible.

**ESCENA VI.**

LEONOR. DON MANRIQUE.

LEONOR.

¡Manrique! ¿eres tú?

DON MANRIQUE.

Sí, Leonor querida.

LEONOR.

¿Qué tienes?

DON MANRIQUE.

Yo no sé...

LEONOR.

¿Por qué temblando

Tu mano está? ¿qué sientes?

DON MANRIQUE.

Nada, nada.

LEONOR.

En vano me lo ocultas.

DON MANRIQUE.

Nada siento.

Estoy bueno... ¿Qué dices? ¿que temblaba

Mi mano?... no... ilusion... nunca he temblado.  
¿Ves cómo estoy tranquilo?

LEONOR.

De otra suerte

Me mirabas ayer... tu calma fria  
Es la horrorosa calma de la muerte.  
Pero ¿qué causa, dime, tus pesares?

DON HENRIQUE.

¿Quieres que te lo diga?

LEONOR.

Sí lo quiero.

DON HENRIQUE.

Ningun temor real, nada que pueda  
Hacerte á ti infeliz ni entristecerte,  
Causa mi turbacion... Mi madre un dia  
Me contó cierta historia, triste, horrible,  
Que no puedes saber; y desde entonces  
Como un espectro me persigue eterna  
Una imágen atroz. No lo creyeras,  
Y á contártelo yo, te estremecieras.

LEONOR.

Pero...

DON HENRIQUE.

No temas, no; tan sólo ha sido  
Un sueño, una ifusion, pero horrorosa...  
Un sudor frio áun por mi frente corre.  
Soñaba yo que en silenciosa noche,  
Cerca de la laguna que el pié besa  
Del alto Castellar, contigo estaba.  
Todo en calma yacia; algun gemido  
Melancólico y triste  
Sólo llegaba lúgubre á mi oido.  
Trémulo como el viento en la laguna  
Triste brillaba el resplandor siniestro  
De amarillenta luna.  
Sentado allí en su orilla y á tu lado  
Pulsaba yo el laud, y en dulce trova  
Tu belleza y mi amor tierno cantaba.  
Y en triste melodía  
El viento que en las aguas murmuraba  
Mi canto y tus suspiros repetía.  
Mas súbito azaroso, de las aguas  
Entre el turbio vapor, cruzó luciente  
Relámpago de luz, que hirió un instante  
Con brillo melancólico tu frente.  
Yo vi un espectro que en la opuesta orilla  
Como ilusion fantástica vagaba  
Con paso misterioso;  
Y un quejido lanzando lastimoso,  
Que el nocturno silencio interrumpía.  
Ya triste nos miraba,  
Ya con rostro infernal se sonreía.  
De pronto el huracan cien y cien truenos  
Retemblando sacude,  
Y mil rayos cruzaron,  
Y el suelo y las montañas  
Á su estampido horrisono temblaron.

Y en vuelta en humo la feroz fantasma  
Huyó, los brazos hácia mí tendiendo.  
«¡Véngame!» dijo; y se lanzó á las nubes;  
«¡Véngame!» por los aires repitiendo.  
Frio con el pavor, tendí mis brazos  
Adonde estabas tú... tú ya no estabas;  
Y sólo hallé á mi lado  
Un esqueleto; y al tocarle osado  
En polvo se deshizo, que violento  
Llevóse al punto retronando el viento.  
Yo desperté azorado; mi cabeza  
Hecha estaba un volcan, turbios mis ojos;  
Mas logro verte al fin, tierna, apacible,  
Y tu sonrisa calma mis enojos.

LEONOR.

Y un sueño solamente  
¿Te atemoriza así?

DON HENRIQUE.

No, ya no tiemblo,

Ya todo lo olvidé... mira, esta noche  
Partiremos, al fin, de este castillo...  
No quiero estar aquí.

LEONOR.

¿Temes acaso?...

DON HENRIQUE.

Tiemblo perderte: numerosa hueste  
Del rey usurpador viene á sitiarnos,  
Y este castillo es débil con extremo.  
Nada temo por mí, mas por tí temo.

## ESCENA VII.

LOS MISMOS. RUIZ.

DON HENRIQUE.

¿Qué me vienes á anunciar?

RUIZ.

Señor, ya el Conde marchando  
Con la gente de su bando  
Se dirige á Castellar.  
Todo lo lleva á cuchillo,  
Y por los montes avanza,  
Sin duda con la esperanza  
De poner cerco al castillo.

DON HENRIQUE.

No osarán; que son traidores,  
Y es cobarde la traicion.

RUIZ.

Estas las noticias son  
Que traen nuestros corredores.  
Demas, por lo que advertieron,  
Añaden que esta mañana  
Han cogido una gitana,  
Que venir hácia acá vieron.

DON HENRIQUE.

¿Una gitana?... y ¿quién era?

RUIZ.

¿Quién puede saberlo?... pues...

**DON MARIQUE.**

¡Cielos!

**RUIZ.**

Vieja dicen que es,  
Con sus puntas de hechicera.

**DON MARIQUE.**

(Es ella... y ¿podré salvarla?...)

Avisa que á partir vamos...

Ármense todos. (Corramos

Á lo ménos á vengarla.)

**LEONOR.**

¿Qué dices?... partir...

**DON MARIQUE.**

Si, si...

¿Qué te detienes?

**RUIZ.**

Señor...

**DON MARIQUE.**

Pronto, ó teme mi furor.

**LEONOR.**

¿Y me dejarás aquí?

**ESCENA VIII.**

**DON MARIQUE. LEONOR.**

**DON MARIQUE.**

Un secreto, Leonor...

Sé que vas á despreciarme.

Ya era tiempo... esa gitana,

Esa, Leonor, es mi madre.

**LEONOR.**

¿Tu madre!

**DON MARIQUE.**

Llora, si quieres,

Maldiceme, porque infame

Uní tu orgullosa cuna

Con mi cuna miserable.

Pero déjame que vaya

A salvarla, si no es tarde.

Si ha muerto, la vengaré

De su asesino cobarde.

**LEONOR.**

¿Eso me faltaba!...

**DON MARIQUE.**

Si;

Yo no debía engañarte

Por más tiempo... vete:

Soy un hombre despreciable.

**LEONOR.**

Nunca para mí.

**DON MARIQUE.**

Eres noble;

Y yo, ¿quién soy? ya lo sabes.

Vete á encerrar con tu orgullo

Bajo el techo de tus padres.

**LEONOR.**

¿Con mi orgullo! tú te gozas,

Cruel, en atormentarme.

Ten piedad...

**DON MARIQUE.**

Pero soy libre

Y fuerte para vengarme...

Y me vengaré... ¿lo dudas?

**LEONOR.**

Si necesitas mi sangre,

Aquí la tienes.

**DON MARIQUE.**

¡Leonor!

¿Qué desgraciada en amarme

Has sido! ¿Por qué, infeliz,

Mis amores escuchaste?

Y ¿no me aborreces?

**LEONOR.**

No.

**DON MARIQUE.**

¿Sabes que presa mi madre,

Espera tal vez la muerte?

¿Venganza infame y cobarde!

¿Qué espero yo?...

**LEONOR.**

Ven... no vayas...

Mira, el corazón me late,

Y fatídico me anuncia

Tu muerte.

**DON MARIQUE.**

¡Llanto cobarde!

Por una madre morir,

Leonor, es muerte envidiable.

¿Quisieras tú que temblando

Viera derramar su sangre,

(ó si salvarla pudiera,

Por salvarla no lidiase?

**LEONOR.**

Pues bien, iré yo contigo;

Allí correré á abrazarte

Entre el horror y el estruendo

Del fratricida combate.

Yo opondré mi pecho al hierro

Que tu vida amenazare;

Si, y á falta de otro muro,

Muro será mi cadáver.

**DON MARIQUE.**

Ahora te conozco, ahora

Te quiero más.

**LEONOR.**

Si tú partes,

Iré contigo; la muerte

Á tu lado ha de encontrarme.

**DON MARIQUE.**

Venir tú... no; en el castillo

Queda custodia bastante

Para tí... ¿Escuchas? ¡adios! ¡Suena un clarín!

El clarín llama al combate.

LEONOR.

Un momento...

DON MANRIQUE.

Ya no puedo

Detenerme ni un instante.

## ESCENA IX.

LEONOR.

Manrique, espera... Partió  
Sin escucharme... ¡inhumano!

¿Por qué con delirio insano

Mi corazón le adoró?

Y ¿es éste tu amor? ¡Ay! ven...

No burles así tu suerte;

Que allí te espera la muerte,

Y está en mis brazos tu bien.

Ya no escuchas el clamor

De aquella Leonor querida... (Vuelve á sonar  
el clarín)

¡Gran Dios! protege su vida:

Te lo pido por tu amor.

## JORNADA QUINTA.

## EL SUPPLICIO.

Inmediaciones de Zaragoza; á la izquierda vista de uno de los muros del palacio de la Aljafería, con una ventana cerrada con una fuerte reja.

## ESCENA PRIMERA.

LEONOR. RUIZ.

RUIZ.

Ya estamos en Zaragoza

Y es bien entrada la noche:

Nadie conoceros puede.

LEONOR.

Ruíz, ¿no es ésta la torre

De la Aljafería?

RUIZ.

Sí.

LEONOR.

¿Están aquí las prisiones?

RUIZ.

Ahi se suelen custodiar

Los que á su rey son traidores.

LEONOR.

¿Trajiste lo que te dije?

RUIZ.

Aquí está (1): por un jarope

Que no vale seis cornados...

(1) Saca un pomo de plata, que entrega á Leonor.

LEONOR.

El precio nada te importe.

Toma esa cadena tú.

RUIZ.

Judío al fin...

LEONOR.

No te enojés.

RUIZ.

Diez maravedís de plata

Me llevó el Iscariote.

LEONOR.

Vete, Rúiz.

RUIZ.

¿Os quedais

Sola aquí? no, que me ahorquen

Primero...

LEONOR.

Quiero estar sola.

RUIZ.

Si os empeña's... buenas noches.

## ESCENA II.

LEONOR.

Esa es la torre; allí está,

Y maldiciendo su suerte,

Espera triste la muerte,

Que no está lejos quizá.

¡Esas murallas sombrías,

Esas rejas y esas puertas,

Al ferebro sólo abiertas,

Verán tus últimos días!

¿Por qué tan ciega le amé?

¡Infeliz! ¿por qué, Dios mío,

Con amante desvarío

Mi vida le consagré?

Mi amor te perdió, mi amor...

Yo mi cariño maldigo;

Pero moriré contigo

Con veneno abrasador.

¡Si me quisiera escuchar

El Conde!... si yo lograra

Librarte así, ¿qué importara?...

Sí, voy tu vida á salvar.

A salvarte... no te asombre,

Si hoy olvido mi desden.

DENTRO UNA VOZ.

Hagan bien para hacer bien

Por el alma de este hombre.

LEONOR.

Ese lúgubre clamor...

O ¿tal vez lo escuché mal?

No, no... ¡ya la hora fatal

Ha llegado, trovador!

Manrique, partamos ya,

No perdamos un instante.

DENTRO.

¡Ay!

LEONOR.

Esa voz penetrante...

¡Si no fuera tiempo ya!

(Al querer partir, se oye tocar un laúd; un momento después canta dentro don Manrique.)

« Despacio viene la muerte,  
Que está sorda á mi clamor :  
Para quien morir desea,  
Despacio viene, por Dios.

¡ Ay! adios, Leonor,  
Leonor.»

LEONOR.

Él es; ¡y desea morir,  
Cuando su vida es mi vida!  
¡Si así me viera afligida  
Por él al cielo pedir!

DENTRO DON MANRIQUE.

« No flores si á saber llegas  
Que me matan por traidor;  
Que el amarte es mi delito,  
Y en el amar no hay baldon.

¡ Ay! adios, Leonor,  
Leonor.»

LEONOR.

¿Que no lllore yo! ¡cruel!  
No sabe cuánto le quiero.  
¡Que no lllore, cuando muero  
En mi juventud por él!  
Si á esa reja te asomaras  
Y á Leonor vieras aquí,  
Tuvieras piedad de mí  
Y de mi amor no dudarás.  
Aquí te buscan mis ojos,  
A la luz de las estrellas;  
Y oigo á par de tus querellas  
El rumor de los cerrojos,  
Y oigo en tu labio mi nombre  
Con mil suspiros también.

DENTRO LA VOZ.

Hagan bien para hacer bien  
Por el alma de este hombre.

LEONOR.

No, no morirás; yo iré  
A salvarte: del tirano  
Feroz la sangrienta mano  
Con mi llanto bañaré.  
¿Temes? Leonor te responde  
De su cariño y virtud.  
Calma tu amante inquietud. (Apura el punto.)  
Ya no puedo ser del Conde.

Cámara del Conde de Luna; éste estará sentado cerca de una mesa, y don Guillen á su lado de pié.

ESCENA III.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

DON NUÑO.

¿Visteis, don Guillen, al reo?

DON GUILLEN.

Dispuesto á morir está.

DON NUÑO.

¿Don Lope?...

DON GUILLEN.

Presto vendrá.

DON NUÑO.

Que al punto llegue deseo.  
No quiero que se dilate  
El suplicio ni un momento;  
Cada instante es un tormento  
Que mi impaciencia combate.

DON GUILLEN.

¿Le avisaré?

DON NUÑO.

No, esperad...

Tardar no puede en venir.  
Para ayudarle á morir,  
Á un religioso avisad.  
Y despachaos con presteza.

DON GUILLEN.

¿El hijo de una gitana!

DON NUÑO.

Cierto, diligencia es vana.

DON GUILLEN.

Mas ¿no dais cuenta á su Alteza?

DON NUÑO.

¿Para qué? Ocupado está  
En la guerra de Valencia.

DON GUILLEN.

Si no aprueba la sentencia...

DON NUÑO.

Yo sé que la aprobará.  
Para aterrar la traicion  
Puso en mi mano la ley:  
Mientras aquí no esté el Rey,  
Yo soy el Rey de Aragon.  
Mas... ¿vuestra hermana?

DON GUILLEN.

Yo mismo

Nada de su suerte sé;  
Pero encontrarla sabré,  
Aunque la oculte el abismo.  
Entonces su torpe amor  
Lavaré con sangre impura.  
Sólo así el honor se cura,  
Y es muy sagrado el honor.

DON NUÑO.

No: tanto rigor no es bien  
Emplear.

DON GUILLEN.

Mi ilustre cuda...

DON NUÑO.

Si algo apreciáis al de Luna,  
No la ofendáis, don Guillen.

DON GUILLEN.

¿Teneis algo que mandar?

DON NUÑO.

Dejadme solo un instante.

## ESCENA IV.

DON NUÑO. Despues DON LOPE.

DON NUÑO.

Leonor, al fin en tu amante  
Tu desden voy á vengar.

Al fin en su sangre impura  
A saciar voy mi rencor:

Tambien yo puedo, Leonor,  
Gozarme en tu desventura.

Fatal tu hermosura ha sido  
Para mí; pero fatal

Tambien será á mi rival,  
A ese rival tan querido.

Tú lo quisiste; por él  
Mi ternura despreciaste...

¿Por qué, Leonor, no me amaste?  
Yo no fuera tan cruel.

Angel hermoso de amor,  
Yo como á un Dios te adoraba;

Y tus caricias gozaba  
Un oscuro trovador.

Harto la suerte envidié  
De un rival afortunado;

Harto tiempo despreciado  
Su ventura contemplé.

¡Ah! perdonarle quisiera...  
No soy tan perverso yo.

Pero es mi rival... no, no...  
Es necesario que muera.

DON LOPE.

Vuestras órdenes, señor,  
Se han cumplido; el reo espera  
Su sentencia.

DON NUÑO.

Y bien: que muera,

Pues á su rey fué traidor.

¿A qué aguardáis?

DON LOPE.

Si así os plugo...

DON NUÑO.

¿No fué perjuro á la ley

Y rebelde con su rey?

Pues bien, ¿qué espera el verdugo?

Esta noche ha de morir.

DON LOPE.

¿Esta noche? ¡pobre mozo!

DON NUÑO.

Junto al mismo calabozo.  
¿Oís?

DON LOPE.

No hay más que decir.

DON NUÑO.

¿La bruja?...

DON LOPE.

Con él está

En su misma prison.

DON NUÑO.

Bien.

DON LOPE.

Pero ¿ha de morir?

DON NUÑO.

Tambien.

DON LOPE.

¿De qué muerte morirá?

DON NUÑO.

Como su madre, en la hoguera.

DON LOPE.

¿Por último confesó  
Que á vuestro hermano mató!  
¡Maldiga Dios la hechicera!

DON NUÑO.

Molesto, don Lope, estais...  
Idos ya.

DON LOPE.

Si os incomodo...

DON NUÑO.

Quiero estar solo.

DON LOPE.

Con todo...

(¡Mal templado está!)

DON NUÑO.

¿No os vais?

(Hace don Lope que se va, y vuelve.)

DON LOPE.

Perdonad; se me olvidaba  
Con la maldita hechicera.

DON NUÑO.

¿Don Lope!

DON LOPE.

Señor, ahí fuera

Una dama os aguardaba.

DON NUÑO.

Y ¿qué objeto aquí la trae?

¿Dice quién es?

DON LOPE.

Encubierta

Llegó, señor, á la puerta  
Que al campo de Toro cae.

DON NUÑO.

Que éntre, pues: vos despejad.

DON LOPE.

El Conde, señora, espera.

**DON NUÑO.**  
 Vos os podeis quedar fuera,  
 Y hasta que os llama aguardad.

**ESCENA V.**

**DON NUÑO. LEONOR.**

**LEONOR.**  
 ¿Me conoceis? (Descubriéndose.)

**DON NUÑO.**  
 ¡Desgraciada!  
 ¿Qué buscáis, Leonor, aquí?

**LEONOR.**  
 ¿Me conoceis, Conde?

**DON NUÑO.**  
 Sí:  
 Por mi mal, desventurada,  
 Por mi mal te conocí.  
 ¿A qué vinisteis, Leonor?

**LEONOR.**  
 Conde, ¿dudarlo quereis?

**DON NUÑO.**  
 ¿Todavía el trovador!...

**LEONOR.**  
 Sé que todo lo podeis,  
 Y que pelagra mi amor.  
 Duélaos, don Nuño, mi mal.

**DON NUÑO.**  
 ¿A eso vinisteis, ingrata,  
 A implorar por un rival?  
 ¿Por un rival! ¡insensata!  
 Mal conoceis al de Artal.  
 No: cuando en mis manos veo  
 La venganza apetecida,  
 Cuando su sangre deseo...  
 Imposible...

**LEONOR.**  
 No lo creo.

**DON NUÑO.**  
 Sí: creedlo, por mi vida.  
 Largo tiempo también yo  
 Aborrecido imploré  
 A quien mis ruegos no oyó,  
 Y de mí afan se burló;  
 No penseis que lo olvidé.

**LEONOR.**  
 ¡Ah! Conde, Conde, piedad. (Arrodillándose.)

**DON NUÑO.**  
 Vos ¿la tuvisteis de mí?

**LEONOR.**  
 Por todo un Dios.

**DON NUÑO.**  
 Apartad.

**LEONOR.**  
 No; no me muevo de aquí.

**DON NUÑO.**  
 Pronto, Leonor, acabad.

**LEONOR.**  
 Bien sabeis cuanto le amé;  
 Mi pasión no se os esconde...

**DON NUÑO.**  
 ¡Leonor!  
**LEONOR.**  
 ¿Qué he dicho? no sé,

No sé lo que he dicho, Conde:  
 ¿Quereis?... le aborreceré.  
 ¡Aborrecerle! ¡Dios mío!  
 Y aún amaros á vos, sí,  
 Amaros con desvario  
 Os prometo... ¡amor impio,  
 Digno de vos y de mí!

**DON NUÑO.**  
 Es tarde, es tarde, Leonor.  
 Y ¿yo perdonar pudiera  
 A tu infame seductor,  
 Al hijo de una hechicera?

**LEONOR.**  
 ¿No os apiada mi dolor?

**DON NUÑO.**  
 ¿Apiadarime! más y más  
 Me irrita, Leonor, tu lloro,  
 Que por él vertiendo estás:  
 No lo negaré, aún te adoro;  
 Mas ¿perdonarle! jamás.  
 Esta noche, en el momento...  
 Nada de piedad.

**LEONOR.** (Con ternura.)  
 ¡Cruel!  
 ¿Cuando en amarte consiento!

**DON NUÑO.**  
 ¿Qué me importa tu tormento,  
 Si es por él, sólo por él?

**LEONOR.**  
 Por él, don Nuño, es verdad;  
 Por él con loca impiedad  
 El altar he profanado.  
 Y ¡yo, insensata, le he amado  
 Con tan ciega liviandad!

**DON NUÑO.**  
 Un hombre oscuro...

**LEONOR.**  
 Si, sí...  
 Nunca mereció mi amor.

**DON NUÑO.**  
 Un soldado, un trovador...

**LEONOR.**  
 Yo nunca os aborrecí.

**DON NUÑO.**  
 ¿Qué quieres de mí, Leonor?  
 ¿Por qué mi pasión enciendes,  
 Que ya entibiándose va?  
 Di que engañarme pretendes,  
 Dime que de un Dios dependes,  
 Y amarme no puedes ya.

LEONOR.

¿Qué importa, Conde? ¿no fui  
Mil y mil veces perjura?  
¿Qué importa, si ya vendí  
De un amante la ternura,  
Que á Dios olvide por tí?

DON NUÑO.

¿Me lo juras?

LEONOR.

Partiremos  
Léjos, léjos de Aragón,  
Y felices viv remos,  
Y siempre nos amaremos  
Con acendrada pasión.

DON NUÑO.

Leonor... ¡delicia inmortal!

LEONOR.

Y tú en premio á mi ternura...

DON NUÑO.

Cuanto quieras.

LEONOR.

¡Oh ventura!

DON NUÑO.

Corre, dile que el de Artal  
Su libertad le asegura;  
Pero que huya de Aragón;  
Que no vuelva: ¿lo has oído?

LEONOR.

Sí, sí...

DON NUÑO.

Dile que atrevido

No persista en su traicion;  
Que tu amor ponga en olvido.

LEONOR.

Si... lo diré... (¡Dios eterno!  
Tu nombre bendeciré.)

DON NUÑO.

Mirad que os observaré.

LEONOR.

(Ya no me aterra el infierno,  
Pues que su vida salvé.)

## ESCENA VI.

Calabozo oscuro con una ventana con reja á la izquierda, y una puerta en el mismo lado; otra ventana alta en el fondo cerrada. Debajo de la ventana, y en un escaño, estará recostada AZUCENA: en el lado opuesto MANRIQUE, sentado.

DON MANRIQUE.

¿Dormís, madre mía?

AZUCENA.

No... bastante lo he deseado; pero el sueño huye de mis ojos.

DON MANRIQUE.

¿Teneis frio tal vez?

AZUCENA.

No... te he oído suspirar á menudo... ven aquí... ¿qué tienes? ¿por qué no me confías todos tus pa-

decimientos? ¿por qué no los depositas en el seno de una madre? Por que yo soy tu madre, y te quiero como á mi vida.

DON MANRIQUE.

¡Mis padecimientos!

AZUCENA.

He orado por tí toda la noche; es lo único que puedo hacer ya.

DON MANRIQUE.

Descansad un momento.

AZUCENA.

Yo quisiera escaparme de aquí, porque me sofoca el aire que aquí respiro... porque van á matarme. Pero tú me defenderás, tú no consentirás que te roben á tu madre.

DON MANRIQUE.

¡Gran Dios!

AZUCENA.

Pero estoy afligiéndote, ¿es verdad?

DON MANRIQUE.

No; decid, decid lo que queráis.

AZUCENA.

Tú no podrás socorrerme; vendrán muchos contra tí, y tus fuerzas se agotarán; pero no temas por mí: yo estoy libre de su furor.

DON MANRIQUE.

¿Vos?

AZUCENA.

Sí; los tiranos no mandan sobre el sepulcro, ni el verdugo puede martirizar una carne que no siente. Acércate... mira esta frente pálida; ¿no está pintada en ella la muerte?

DON MANRIQUE.

¿Qué decís!

AZUCENA.

Sí, desde esta mañana he sentido que me abandonaban las fuerzas, que mis miembros se torcian; un velo de sangre ha ofuscado más de una vez mis ojos, y un zumbido espantoso ha resonado continuamente en mis oídos... se me figuraba que oía el llamamiento á la eternidad... ¡la eternidad! y ya voy á salir de esta vida con el alma emponzoñada...

DON MANRIQUE.

Por favor...

AZUCENA.

Y van á matarme...

DON MANRIQUE.

¿A mataros? y ¿por qué? ¿porque sois mi madre! y ¿yo soy la causa de vuestra muerte! ¡madre mía, perdón!

AZUCENA.

No temas: ¿á qué llorar por mí? no, no tendrán el placer de tostarne como á mi madre: siento que mi vida se acaba por instantes; pero quisiera morir pronto. ¿No es verdad que se llenarán de rabia cuando vengán á buscar una víctima y encuentren un cadáver, ménos que un ca-

dáver... un esqueleto? ¡Ja... ja... ja!... Quisiera yo verlo para gozarme en su desesperación. Cuando vean mis ojos quebrados, cuando toquen mi mano seca y fría como el mármol...

DON MANRIQUE.

No me atormentéis, por piedad.

AZUCENA.

¿Oyes? ¿oyes ese ruido? mátame... pronto, para que no me lleven á la hoguera. ¿Sabes tú qué tormento es el fuego?

DON MANRIQUE.

Y ¿tendrán valor?...

AZUCENA.

Sí; lo tuvieron para mi madre: debe ser horrible ese tormento... ¡la hoguera! no sé qué tiene de feroz esa palabra, que me hiela... ¡la hoguera! y siempre la tengo delante, y siempre con sus llamas que queman, que quitan la vida con desesperados tormentos.

DON MANRIQUE.

No más, no más.

AZUCENA.

Me acuerdo de cuando achicharraron á tu abuela; ¡la cubierta de harapos; sus cabellos, negros como las alas del cuervo, ocultaban casi enteramente su cara; yo, tendida en el suelo, arañando frenética mi rostro, había apartado mis ojos de aquel espectáculo, que no podía soportar; pero mi madre me llamó, y yo corrí hasta los pies del cadalso... los verdugos me rechazaron con aspereza, no me dejaron darla siquiera un beso, y la metieron en el fuego... Todavía retiembla en mi oído el acento de aquel grito desesperado que le arrancó el dolor... debe ser horrible, precisamente horrible, ese suplicio: aquel grito desentonado expresaba todos los tormentos de su cuerpo; y los verdugos se reían de sus visajes, porque la llama había quemado sus cabellos, y sus facciones contraídas, convulsas, y sus ojos descajados, daban á su rostro una expresión infernal... Y esto ¡les hacía reír!...

DON MANRIQUE.

¿No podeis olvidar todo eso? ¿Por qué no procurais descansar?

AZUCENA.

Sí, eso quería; pero... ¿y la hoguera? ¿y si durmiendo me llevan á la hoguera?

DON MANRIQUE.

No, no vendrán.

AZUCENA.

¿Me lo prometes tú?

DON MANRIQUE.

Os lo ofrezco, madre mía: podeis reposar un momento.

AZUCENA.

Tengo mucha necesidad de dormir. ¡He estado despierta tanto tiempo! Dormiré, y luego nos

iremos: ¿qué razón hay para que no nos dejen ir? cuando sea de día... pero aquí no se sabe cuándo es de día... aunque sea de noche, á cualquiera hora: sí, porque quiero respirar; aquí me ahogo.

DON MANRIQUE.

(¡Qué tormento!)

AZUCENA.

Y correremos por la montaña, y tú cantarás: mientras yo estaré durmiendo sin temor á esos verdugos, ni á ese suplicio de fuego.

DON MANRIQUE.

Descansad.

AZUCENA.

Voy... pero calla... calla... (Se queda dormida: un momento de silencio.)

DON MANRIQUE.

Duerme, duerme, madre mía,  
Mientras yo te guardo el sueño,  
Y un porvenir más risueño  
Durmiendo allá te sonría.  
Al menos, ¡ay! mientras dura  
Tu sueño, no acongojado  
Veré tu rostro bañado  
Con lágrimas de amargura.

ESCENA VII.

DON MANRIQUE. LEONOR. AZUCENA.

LEONOR.

¡Manrique!

DON MANRIQUE.

¿No es ilusión!

¿Eres tú?

LEONOR.

Yo, sí... yo soy...

A tu lado al fin estoy  
Para calmar tu aflicción.

DON MANRIQUE.

Sí, tú sola mi delirio  
Puedes, hermosa, calmar:  
Ven, Leonor, á consolar  
Amorosa mi martirio.

LEONOR.

No pierdas tiempo, por Dios...

DON MANRIQUE.

Siéntate á mi lado, ven.  
¿Debes tú morir también?  
Muramos juntos los dos.

LEONOR.

No, que en libertad estás.

DON MANRIQUE.

¿En libertad!

LEONOR.

Sí, ya el Conde...

DON MANRIQUE.

¿Don Nuño, Leonor! Responde,  
Responde... ¡cielo! ¿esto más?  
¿Tú á implorar por mi perdón

Del tirano á los piés fuiste!...  
 Quizá tambien le vendiste  
 Mi amor y tu corazon.  
 No quiero la libertad,  
 A tanta costa comprada.

LEONOR.

Tu vida...

DON MANRIQUE.

¿Qué importa? nada...

Quitamela, por piedad;  
 Clava en mi pecho un puñal  
 Antes que verte perjura,  
 Llena de amor y ternura  
 En los brazos de un rival.  
 ¡La vida! ¿es algo la vida?  
 Un doble martirio, un yugo...  
 Llama, que venga el verdugo  
 Con el hacha enrojecida.

LEONOR.

¿Qué debí hacer? si supieras  
 Lo que he sufrido por tí,  
 No me insultaras así,  
 Y á más me compadecieras.  
 Pero huye, vete, por Dios,  
 Y bástete ya saber  
 Que suya no puedo ser.

DON MANRIQUE.

Pues bien, partamos los dos:  
 Mi madre tambien vendrá.

LEONOR.

Tú solamente.

DON MANRIQUE.

No, no.

LEONOR.

Pronto, vete.

DON MANRIQUE.

¡Solo yo!

LEONOR.

Que nos observan quizá.

DON MANRIQUE.

¿Qué importa? aquí moriré,  
 Moriremos, ¡madre mia!  
 Tú sola no fuiste impia  
 De un hijo tierno á la fe.

LEONOR.

¡Manrique!

DON MANRIQUE.

Ya no hay amor  
 En el mundo, no hay virtud.

LEONOR.

¿Qué te dice mi inquietud?

DON MANRIQUE.

Tarde conocí mi error.

LEONOR.

¡Si vieras cuál se estremece  
 Mi corazon! ¿Por qué, di,

Obstinarte? hazlo por mí,  
 Por lo que tu amor padece.  
 Si, este momento quizá...  
 ¿No ves cuál tiemblo? quisiera  
 Ocultarlo, si pudiera;  
 Pero no, no es tiempo ya.  
 Bien sé que voy tu aficcion  
 A aumentar; pero ya es hora  
 De que sepas cuál te adora  
 La que acusas sin razon.  
 Aborreceme, es mi suerte;  
 Maldiceme, si te agrada;  
 Mas toca mi frente, helada  
 Con el hielo de la muerte.  
 Tócala, y si hay en tu seno  
 Un resto de compasion,  
 Alivia mi corazon,  
 Que abrasa un voraz veneno.

DON MANRIQUE.

Un veneno... ¿y es verdad?  
 ¡Y yo ingrato la ofendi  
 Cuando muriendo por mí!...  
 ¿Un veneno!...

LEONOR.

Por piedad,

Ven aquí por compasion  
 A consolar mi agonía:  
 ¿No sabes que te queria  
 Con todo mi corazon?

DON MANRIQUE.

Me matas.

LEONOR.

Manrique, aquí,  
 Aquí me siento abrasar.  
 ¡Ay! ¡ay! quisiera llorar,  
 Y no hay lágrimas en mí.  
 ¡Ay, juventud malograda,  
 Por tiranos perseguida!  
 ¡Perder tan pronto una vida,  
 Para amarte consagrada!

(Se ve brillar un momento el resplandor de una luz en la ventana de la izquierda.)

Mira, Manrique, esa luz...  
 Viene á buscarte ya:  
 ¡No te apartes, ven acá,  
 Por el que murió en la cruz.

DON MANRIQUE.

Que vengan... ya entregaré  
 Mi cuello sin resistir:  
 Lo quiero, anhele morir...  
 Muy pronto te seguiré.

LEONOR.

¡Ay! acércate...

DON MANRIQUE.

¡Amor mio!...

LEONOR.

Me muero, me muero ya

Sin remedio; ¿dónde está  
Tu mano?

DON MARIQUE.

¡Qué horrible frío!

LEONOR.

Para siempre... ya...

DON MARIQUE.

¡Leonor!

LEONOR.

¡Adios!... ¡adi... os!...

(Espira: un momento de pausa.)

DON MARIQUE.

¡La he perdido!

¡Ese lúgubre genido...

Es el último de amor!

Silencio, silencio; ya

Viene el verdugo por mí...

Allí está el cadalso, allí,

Y Leonor aquí está.

Corta es la distancia: vamos:

Que ya el suplicio me espera.

(Tropieza con la Azucena.)

¿Quién estaba aquí? ¿quién era?

AZUCENA.

¿Es hora de que hablamos? (Entre sueños.)

DON MARIQUE.

¿A morir? dispuesto estoy...

Mas no, esperad un instante:

A contemplar su semblante,

A adorarla otra vez voy.

Aquí está... dadme el laud;

En trova triste y llorosa,

En endecha lastimosa

Os cantaré su virtud.

Una corona de flores

Dadme tambien: en su frente

Será aureola luciente,

Será diadema de amores.

Dadme: veréisla brillar

En su frente hermosa y pura;

Mas llorad su desventura

Como á mí me veis llorar.

¡Qué funesto resplandor!

¿Tan pronto vienen por mí?

El verdugo es aquel... sí:

Tiene el rostro de traidor.

**ESCENA VIII.**

Los de la escena anterior. DON NUÑO, DON GUILLEN, DON LOPE, Y SOLDADOS con luces.

DON NUÑO.

¿Leonor?

DON MARIQUE.

¿Quién la llama? ¿por qué vienen

A apartarla de mí? la desdichada

Ya á nadie puede amar. ¡Si yo pudiera

Ocultarla á sus ojos!

(La cubre con su ferreruelo, que tendrá al lado.)

DON NUÑO.

¿Leonor?

DON MARIQUE.

Calla...

No turbes el silencio de la muerte.

DON NUÑO.

¿Dónde está Leonor?

DON MARIQUE.

¿Dónde? aquí estaba.

¿Venis á arrebatármela en la tumba?

DON NUÑO.

¿Ha muerto?

DON MARIQUE.

Si... ya ha muerto.

(Descubriendo el rostro pálido de Leonor.)

DON GUILLEN.

¿Quién... mi hermana!

DON MARIQUE.

Ya no palpita el corazón; sus ojos

Ha cerrado la muerte despiadada.

Apartad esas luces; mi amargura

Piadosos respetad... no me acordaba... (A don Nuño.)

¡Sí, tú eres el verdugo! acaso buscas

Una víctima... ven... ya preparada

Para la muerte está.

DON NUÑO.

Llevalle al punto,

Llevalle, digo, y su cabeza caiga.

(Varios soldados rodean á don Marique.)

DON MARIQUE.

Muy pronto, si...

DON NUÑO.

Marchad...

DON MARIQUE.

¿Qué miro! Vamos...

(Reparando en Azucena.)

No le digais, por Dios, á la cuidada

Que va su hijo á morir... ¡madre infelice!

Hasta la tumba, adios...

(Al salir.)

**ESCENA IX.**

LOS MISMOS, ménos Marique.

AZUCENA. (Incorporándose.)

¿Quién me llamaba?

El era, él era; ¡ingrato! se ha marchado

Sin llevarme tambien.

DON NUÑO.

¿Desventurada!

Conoce al fin tu suerte.

AZUCENA.

¿El hijo mio!

DON NUÑO.

Ven á verle morir.

AZUCENA.

¿Qué dices? ¡Calla!

¡Morir! ¡morir!... no, madre, yo no puedo:

Perdóname, le quiero con el alma.

Esperad, esperad...

DON NUÑO.  
Llevala.

AZUCENA.  
¡Conde!

Que le mire espirar.

AZUCENA.  
Una palabra,  
Un secreto terrible; haz que suspendan  
El suplicio un momento.

DON NUÑO.  
No, llevalla.

(La toma por una mano, y la arrastra hasta la ventana.)  
Ven, mujer infernal... goza en tu triunfo.

Mira el verdugo, y en su mano el hacha  
Que va pronto á caer...

(Se oye un golpe, que figura ser el de la cachilla.)

AZUCENA.  
¡Ay! ¡esa sangre!

DON NUÑO.

Alumbrad á la víctima, alumbradla.

AZUCENA.

Si, si... luces... él es... ¡tu hermano, imbécil!

DON NUÑO.

¡Mi hermano! ¡maldición!...

(La arroja al suelo empujándola con furor.)

AZUCENA.

Ya estás vengada.

(Con un gesto de amargura, y espira.)